

## S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA JOEL. LIBRO ÚNICO. A PAMMACIO. (C)

### Prólogo.

No es el mismo orden de los doce profetas en los setenta intérpretes que se mantiene en la verdad hebrea. Ellos ponen a Amós en segundo lugar, a Miqueas en tercero, a Joel en cuarto, a Abdías en quinto, a Jonás en sexto, a Nahúm en séptimo, a Habacuc en octavo, a Sofonías en noveno, a Ageo en décimo, a Zacarías en undécimo, y a Malaquías en duodécimo. Sin embargo, los hebreos, después de Oseas, que es el primero en ambos, leen a Joel en segundo lugar, a Amós en tercero, a Abdías en cuarto, a Jonás en quinto, a Miqueas en sexto, a Nahúm en séptimo, a Habacuc en octavo, a Sofonías en noveno, a Ageo en décimo, a Zacarías en undécimo, y a Malaquías, que es también el último, en duodécimo lugar. Y ya que hemos enumerado a todos los profetas de un solo volumen, nos parece útil anotar brevemente las etimologías de cada uno tanto en griego como en latín. Oseas se interpreta como σώζων, que podemos llamar salvador. Joel como ἀρχόμενος, es decir, comenzando. Amós como βαστάζων, que en latín se dice portador. Abdías como δοῦλος Κυρίου, es decir, siervo del Señor. Jonás como περιστερὰ, esto es, paloma. Miqueas como τίς ὡς, compuesto de dos partes de oración, que en nuestro idioma suena como ¿quién como? o ¿quién semejante? Nahúm como παράκλησις, es decir, consolación. Habacuc como περιλαμβάνων, es decir, abrazo o luchador. Sofonías como κεκρυμμένος Κυρίου, esto es, secreto del Señor. Ageo como ἑορτάζων, que podemos llamar festivo o solemne. Zacarías como μνήμη Κυρίου, es decir, memoria del Señor. Malaquías como ἄγγελός μου, es decir, mi mensajero. Todo esto se discutirá en sus respectivos volúmenes. Los otros cuatro profetas, para completar dieciséis, Isaías, Ezequiel, Jeremías, Daniel, tienen esta interpretación: Isaías se dice σωτηρία Κυρίου, es decir, salvación del Señor; Ezequiel κράτος Κυρίου, que podemos llamar fuerza o dominio del Señor; Jeremías ὑψηλός Κυρίου, es decir, excelso del Señor; Daniel ἔκρινε με Κύριος, es decir, me juzgó el Señor. Dado que esto es así, te ruego, mi Pammacio, que luchas con toda habilidad contra el diablo, que levantes tus manos al Señor con Moisés mientras nosotros luchamos contra Amalec, y que superes a los adversarios de Israel con tus oraciones. Recientemente salimos de Egipto, y con Faraón sumergido en Oseas, cruzamos el Mar Rojo (Éxodo XIV, XV): ahora, después de la vasta extensión del desierto, debemos sudar mucho para llegar a las setenta palmas y fuentes apostólicas. Aunque el escorpión se levante y trate de herir con su arco, tú, compañero de viaje y encantador de mordeduras venenosas, ofrece a nosotros el ψυλλέα espiritual que prometimos a tu santa y venerable madre Paula, recibe como piadoso heredero, y cualquier cosa que podamos menos de lo que esperas en ingenio o doctrina, sostén con el favor de la amistad, y no consideres nuestras fuerzas, sino nuestra voluntad.

### COMIENZA EL LIBRO.

La palabra del Señor que fue dirigida a Joel, hijo de Fatuel. Los setenta intérpretes tradujeron PHATUEL como Bathuel; lo cual no tiene resonancia alguna entre los hebreos. Fatuel se traduce a nuestro idioma como amplitud de Dios, o Dios que abre, como leemos en Marcos que el Salvador dijo al sordo y mudo: EPHPHETA, que es, abrir (Marcos VII). Porque podía decir con el Apóstol: Nuestra boca está abierta a vosotros, oh corintios, nuestro corazón está ensanchado (II Cor. VI, 11): y escuchaba del Señor: Abre tu boca, y la llenaré (Sal. LXXX, 11): esta misma apertura de la boca no está en el poder del hombre, sino en el de Dios, como dice Pablo: Se me ha abierto una puerta grande y eficaz; pero hay muchos adversarios (I Cor. XVI, 9); por eso se dice que Dios abre. Y como el santo siempre progresa, conociendo en parte y profetizando en parte, hasta que llegue lo perfecto, nacido de la amplitud y apertura,

se le llama Joel, que en nuestro idioma suena como comenzando, o es Dios, diciendo el Apóstol: Hermanos, yo mismo no considero haberlo alcanzado (Fil. III, 13); con esta humildad creciendo con Moisés merece escuchar: El que es, me ha enviado (Éxodo III). Para distinguirlos de aquellos que no son, de los cuales también leemos en Ester: No entregues tu cetro a los que no son (Ester XIV, 11), Dios y sus santos se muestran como existentes. Estas cosas sobre el nombre de Joel y su padre se han dicho brevemente, para que correctamente se narre que la palabra de Dios, que estaba en el principio con Dios, fue hecha, refiriendo Juan el Bautista: El que viene después de mí, es antes de mí, porque era primero que yo (Juan I, 30). Por tanto, el hecho de que la palabra se haya hecho se refiere al mérito de aquel a quien se hace, no a la condición de aquel que se dice que se hace, como leemos en otro lugar: El Señor se ha hecho mi salvación (Sal. CXVII, 21). Y como en el profeta Oseas, que explicamos al principio de los doce profetas antes de este libro, bajo el nombre de Efraín se refiere la profecía a las diez tribus, que a menudo se mencionan como Samaria o Israel: así en Joel, que según los hebreos es el segundo, todo lo que se dice debe creerse que pertenece a la tribu de Judá y a Jerusalén, y que no se hace mención alguna de Israel, es decir, de las diez tribus en esto. También debemos aceptar los tiempos en que profetizó, los mismos que leemos en Oseas: En los días de Ozías, Jotam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá, y en los días de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel.

Escuchad esto, ancianos, y prestad atención, todos los habitantes de la tierra, si esto ha sucedido en vuestros días, o en los días de vuestros padres: contadlo a vuestros hijos, y vuestros hijos a sus hijos, y sus hijos a otra generación. LXX: Escuchad esto, ancianos, y prestad atención, todos los habitantes de la tierra, si tales cosas han sucedido en vuestros días, o en los días de vuestros padres: por esto, contadlo a vuestros hijos, y vuestros hijos a sus hijos, y sus hijos a otra generación. Se ordena a los ancianos escuchar, y a los habitantes de la tierra prestar atención. A los ancianos no se les dice, Escuchad, todos; a los habitantes de la tierra se les añade, Prestad atención, todos. Porque el oído en las Escrituras santas no es el que resuena en el oído, sino el que se percibe con el corazón, según lo que el Señor dice en el Evangelio: El que tiene oídos para oír, que oiga (Mat. XIII, 9). Lo que hemos interpretado como, prestad atención, es una sola palabra tanto en griego como en hebreo, en griego ἐνωτίσασθε; en hebreo EEZINU, que propiamente no se percibe con el corazón, sino con el oído. Y para que sepamos que el oído es más sagrado que lo que resuena en los oídos, aprendamos de Isaías, que dice: Escucha, cielo, y presta atención, tierra (Isa. I, 2). Los que son ancianos y celestiales escuchan espiritualmente; los que habitan en la tierra, y se llaman terrenales, prestan atención con los oídos. Y esto debe notarse en todas las Escrituras donde estas dos palabras se ponen juntas. Lo que también leemos en Lamec, el pecador, que habló a sus esposas Ada y Sella: Escuchad mis palabras, esposas de Lamec, prestad atención a mis palabras, porque he matado a un hombre por mi herida, y a un joven por mi golpe (Gén. IV, 23): sabía que lo que decía era oscuro, y por eso provocaba a sus esposas no solo al simple sonido de las palabras, sino también a la inteligencia oculta de lo dicho. Si alguien, por tanto, es anciano, y elegido de madura edad en el Señor, como leemos en lo que sigue según los Setenta Intérpretes, y ha dejado la infancia de los pequeños, escuche lo que se dice. Pero quien aún habita en la tierra, y no puede decir: Soy un extranjero y peregrino como todos mis padres (Sal. XXXVIII, 14), preste atención con los oídos. Si esto ha sucedido, dice, en vuestros días, o en los días de vuestros padres. Con arte retórica, hace al oyente atento por la magnitud de las cosas: ninguna edad recuerda lo que voy a decir, ni en vuestro tiempo, ni en el de vuestros padres y mayores ha sucedido. Conoce a los padres, abuelos y bisabuelos, y a los hijos de los hijos, toda la descendencia de ahí en adelante, según lo que dice Virgilio (Eneida, lib. III): Y los hijos de los hijos, y los que nacerán de ellos:

Y así, tanto los ancianos como los habitantes de la tierra, contadlo a vuestros hijos y a los descendientes; quien es anciano, enseñe a sus hijos los sacramentos: quien es habitante de la tierra, narre la historia simple. Por eso hasta hoy nosotros que creemos en Cristo, de quienes con Moisés se ha quitado el velo de los ojos, y de quienes se dice: Las canas del hombre son su sabiduría (Sab. IV, 8), contamos a nuestros hijos los secretos y maravillas. Pero los judíos que habitan en la tierra, hablan de cosas terrenales, y se adhieren al suelo, de quienes está escrito: El que es de la tierra, de la tierra habla: el que viene del cielo, está sobre todos (Juan III, 31).

Lo que dejó la oruga, lo comió la langosta; lo que dejó la langosta, lo comió el pulgón; lo que dejó el pulgón, lo comió el hongo. LXX de manera similar. Sigue la narración del comienzo: allí, para hacer al oyente atento, prometió decir cosas grandes e increíbles, que ni la historia antigua conocía, ni la edad presente había visto suceder. Aquí menciona la oruga, la langosta, el pulgón y el hongo, para que lo que rara vez sucede individualmente, se diga que ocurrió todo junto, y por eso sea maravilloso. La oruga, que en hebreo es GEZEM, en griego se dice κόμμη, los hebreos la interpretan como los asirios, babilonios y caldeos, que procediendo de un solo clima del mundo, devastaron todo tanto de las diez tribus como de las dos, es decir, del pueblo israelita. La langosta la interpretan como los medos y persas, que al derrocar el imperio de los caldeos, mantuvieron cautivos a los judíos. El pulgón, como los macedonios, y todos los sucesores de Alejandro, especialmente el rey Antíoco, apodado Epífanés, que como un pulgón se asentó en Judea, y devoró todos los restos de los reyes anteriores, bajo quien se narran las guerras de los Macabeos. El hongo lo refieren al imperio de los romanos, que como cuarto y último oprimieron tanto a los judíos, que los expulsaron de sus territorios. Josefo lo escribe más plenamente en siete volúmenes, narrando los triunfos de Vespasiano y Tito. También leemos sobre la expedición de Elio Adriano contra los judíos, quien destruyó tanto Jerusalén como sus muros, que de los restos y cenizas de la ciudad, fundó una ciudad de su nombre, Elia. Estos cuatro reinos que subyugaron Judea, Zacarías escribe que los vio en cuatro cuernos, diciendo el ángel a él: Estos son los cuernos que dispersaron a Judá, Israel y Jerusalén (Zac. I, 19). Y de nuevo: Alcé mis ojos y vi, y he aquí cuatro carros que salían de entre dos montes, y los montes eran de bronce: en el primer carro, caballos rojos; en el segundo carro, caballos negros; en el tercer carro, caballos blancos; y en el cuarto carro, caballos manchados y fuertes (Zac. VI, 1). Y cuando el profeta dijo al ángel que hablaba en él: ¿Qué son estos, mi Señor? respondió el ángel: Estos son los cuatro vientos del cielo, que salen para estar delante del Señor de toda la tierra: y el sentido es: estos son los que salen de la presencia del Señor, para cumplir su voluntad. Con los habitantes de la tierra hemos percibido con los oídos lo que significan la oruga, la langosta, el pulgón y el hongo: ahora escuchemos con los ancianos lo que se ha dicho. Todas las escuelas de los filósofos proclaman que hay cuatro perturbaciones que subvierten la salud de las almas. Dos presentes y contrarias entre sí, dos futuras y mutuamente disidentes. Las presentes, tristeza y alegría. Llamamos tristeza del alma, de lo contrario no es tristeza, sino enfermedad del cuerpo. O estamos tristes, y nos consumimos de dolor, y se derrumba el estado de nuestra mente: por eso el Apóstol advierte, que no sea absorbido el hermano por excesiva tristeza (I Cor. II). O por el contrario, nos alegramos, y nos exaltamos de alegría, y no podemos llevar con moderación nuestras cosas buenas; y es propio del hombre justo y fuerte, no quebrarse con las adversidades, ni elevarse con las prosperidades, sino ser moderado en ambos. Hemos hablado de la perturbación de lo presente; hablemos también de lo futuro, en el que hay miedo o esperanza. Tememos las adversidades, esperamos las prosperidades; y lo que la tristeza y la alegría operan en el presente, el miedo y la esperanza lo hacen respecto al futuro, mientras tememos que las adversidades sean más de lo que conviene, o las prosperidades que esperamos nos hacen exultar tanto, que no mantenemos la medida, especialmente en lo que es

incierto, porque se espera el futuro más que se posee. Estas perturbaciones las comprendió el poeta ilustre en un solo y no completo verso (Eneida, lib. VI): Temen y desean (esto sobre el futuro), se duelen y se alegran (esto sobre el presente) y no miran, dice, las auras, encerrados en tinieblas y en una cárcel oscura.

Porque quienes están envueltos en las tinieblas de las perturbaciones, no pueden contemplar la clara luz de la sabiduría. Debemos, por tanto, evitar que la tristeza, como la oruga, nos devore; que la langosta nos arrase en la alegría, volando aquí y allá, y en la alegría exultante, se jacte por diversos lugares; que el pulgón, es decir, el miedo y el temor de lo futuro, devore las raíces de la sabiduría, que el hongo y el deseo de lo futuro codicien cosas inútiles, y nos lleven a la ruina: sino que en todo, gobernemos con las riendas de la sabiduría las cuatro cuadrigas y los cuatro cuernos, y los cuatro caballos rojos, y variados, y blancos, y negros, es decir, ya sean adversidades, ya sean prosperidades, ya sean combinadas de ambos. Yo creo que la oruga es la pasión incipiente en el alma, que es lenta, y no puede correr, y con su misma demora y persistencia absorbe y succiona todo el verdor: que si no la matamos, crece en nosotros y vuela, y ahora devora todo lo que toca, ahora dejando semidevorado, avanza a otras cosas: regresando a su sede original se convierte en pulgón, para que no solo devore los frutos, y las hojas y las cortezas, sino también la médula misma con lentitud. Pero si sucede, lo cual es raro, que incluso después del pulgón quede en nosotros algún espíritu vital, el hongo lo devora todo, de modo que convierte la paja y el heno vil en negrura, para que no solo sea inútil para comer, sino también para el estiércol. Sobre estas cuatro perturbaciones, también al principio de Amós, si la vida nos acompaña, discutiremos: donde está escrito: Sobre tres pecados, y sobre cuatro de Damasco, Gaza, Tiro, Edom, los hijos de Amón, y Moab, y Judá, y Israel, no los convertiré, dice el Señor (Amós I, 3 ss.). Que nosotros hemos interpretado como perturbaciones, los griegos llaman *πάθη*, que si las traducimos como pasiones, expresaremos más la palabra que el sentido de la palabra.

Despertad, borrachos, y llorad, y aullad, todos los que bebéis vino en dulzura: porque ha perecido de vuestra boca. LXX: Despertad, los que estáis borrachos en vuestro vino: y llorad y lamentaos, todos los que bebéis vino en embriaguez: porque ha sido quitado de vuestra boca. Como ancianos y presbíteros debemos escuchar: ninguna cosa embriaga tanto como la perturbación del alma. Hay una tristeza que lleva a la muerte: esta es una embriaguez abominable. Hay una ira que no obra la justicia de Dios, y cercana a la furia, hace impotente de su mente al hombre: tanto que los labios tiemblan, los dientes castañetean, el rostro se cambia de palidez. Y se alaba aquello de Arquímedes de Tarento, que cuando estaba enojado con su mayordomo: Ya te mataría, dijo, si no estuviera enojado. ¿Qué diré de la alegría y el placer, y especialmente del amor, que ciega los ojos del corazón: y no permite al amante pensar en otra cosa que en lo que ama? ¿No debe llamarse embriaguez, cuando por una vil prostituta, y una parte ignominiosa del cuerpo, la libertad del alma se inclina a halagos serviles? ¿Cuando hace de su trabajo las delicias de otro? ¿Cuando con robo, crimen y perjurio, prepara riquezas para el placer futuro? ¿Y cuando, aunque todos lo vean, se imagina no ser visto: con tal de que obtenga lo que desea? Pero también la avaricia ciega el ánimo de aquel a quien nada le es suficiente: y el temor femenino, y el deseo de los dulces vicios. Por eso se les dice: Despertad y levantaos, los que estáis borrachos: no solo de vino, como se contiene solo en los LXX, sino de toda perturbación de vicios: Llorad, y lamentaos, y haced penitencia: y asumid la tristeza que lleva a la vida, y aullad, todos los que bebéis vino en dulzura (Prov. III), o en embriaguez. Porque los vicios son dulces: porque la miel destila de los labios de la mujer prostituta: y por eso no se ofrece en los sacrificios de Dios: porque ha perecido, o ha sido quitado de vuestra boca el vino, la embriaguez y la dulzura que os había engañado. A menudo, en efecto, es providencia de Dios, que quienes no conocieron a Dios en

la prosperidad, lo conozcan en la adversidad: y quienes abusaron de las riquezas, sean corregidos por la penuria hacia las virtudes. Según este sentido, escuchen los ancianos: pero los habitantes de la tierra perciban con los oídos, sobre aquel vino que ahora se prescribe, en el que hay lujuria, y con el que quienes se embriagan, no pueden poseer el reino de Dios (Efes. V). Quien está dormido por la embriaguez del vino, despierte y llore por haber estado ebrio, y aulle: para que después su aullido y llanto se conviertan en risa, y se regocije de no tener la materia de la embriaguez, que por la abundancia lo había hecho ebrio y loco.

(Vers. 6, 7.) Porque subirá una nación sobre mi tierra, fuerte e innumerable: sus dientes, como dientes de león, y sus muelas, como las de un cachorro de león. Ha convertido mi viña en un desierto, y ha despojado mi higuera: la ha desnudado y arrojado; sus ramas se han vuelto blancas. LXX: Porque una nación subió sobre la tierra, fuerte e innumerable: sus dientes, de león; y sus muelas, como las de un cachorro de león. Ha puesto mi viña en desolación, y mis higueras en destrucción: la ha escudriñado y arrojado; ha blanqueado sus ramas. Los judíos creen que en los días de Joel vino sobre Judea una multitud tan innumerable de langostas, que lo llenaron todo: y no diré los frutos, sino que dejaron incluso las cortezas de las viñas y los árboles, de modo que, consumido todo el verdor, quedaron las ramas de los árboles secas y los sarmientos de las viñas marchitos. Si esto ocurrió o no, no podemos afirmarlo con certeza: pues la historia de los Reyes y las Crónicas no lo narra (III Reg. XVII). Si hubiera sido así, ¿cómo leemos sobre el hambre bajo Elías de tres años y seis meses, que la Escritura nunca habría callado? Solo decimos que bajo la metáfora de las langostas se describe la llegada de los enemigos, ya sean los asirios y babilonios, que entonces amenazaban, o los medos y persas, que vendrían después, o los macedonios, que supimos que llegaron mucho tiempo después, o finalmente los romanos, de los que hablamos antes. Aunque ahora nos parece que se habla más de los babilonios y caldeos, cuya crueldad y ferocidad contra el pueblo de Dios se describe: y, si no me equivoco, creo haber encontrado algo en este Profeta. Se narra la impiedad de los enemigos bajo la figura de las langostas: y de nuevo se dice de estas langostas, como si se compararan con los enemigos, de modo que cuando leas langostas, pienses en enemigos; cuando pienses en enemigos, vuelvas a las langostas. Así pues, sube una nación de langostas del desierto, o el ejército de los caldeos sobre la tierra de Dios, fuerte e innumerable. ¿Qué hay más innumerable y fuerte que las langostas, a las que la industria humana no puede resistir? Sus dientes, de la nación de las langostas (entiéndelo todo de manera figurada), como dientes de león; y sus muelas, como las de un cachorro de león, de modo que, igualándose en fuerza y multitud a las langostas, se comparan en ferocidad y crueldad a los leones. Esta, dice, nación ha convertido mi viña en un desierto, que trasladé de Egipto y planté, y ha despojado mi higuera, el pueblo judío, al que vino el Salvador para comer frutos, y no encontró: y la maldijo, y se secó para siempre (Mat. XI). Todo esto bajo la metáfora de las langostas, debemos entender: que devastan todo de tal manera que roen las cortezas de los árboles, las desnudan y arrojan, y consumido todo el verdor, dejan las ramas blancas y secas. Hemos hablado según la historia; pasemos a la comprensión espiritual, para que podamos escuchar con los ancianos: Subió una nación sobre la tierra de Dios, es decir, el alma humana. Todas las almas son de Dios: como el alma del padre, así también el alma del hijo. Y subió una nación de los príncipes de este mundo, y de las tinieblas, y de las maldades espirituales en los lugares celestiales, contra los cuales tenemos lucha y combate, de los que se dice: Si el espíritu del que tiene poder se eleva sobre ti, no dejes tu lugar (Ecl. X, 4): cuyos dientes son como dientes de león, de los que habla el apóstol Pedro: Nuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar (I Pet. V, 8). Y sus muelas como las de un cachorro de león. Entiende al cachorro de león, o bien al que se eleva contra todo lo que se dice, Dios y religión, o

ciertamente todo dogma perverso. De cuyas muelas trituradas, que están ocultas y no se ven, para que no se eviten fácilmente, también el salmista se alegra diciendo: El Señor quebrará las muelas de los leones (Ps. LVII, 7). Si, pues, damos lugar a esta nación para que suba en nosotros, inmediatamente pondrá nuestra viña en un desierto, de la cual solíamos hacer vino, que alegra el corazón del hombre (Ps. CIII): y despoja o rompe nuestras higueras, para que no tengamos en nosotros los dulcísimos dones del Espíritu Santo, para que bajo nuestra viña e higuera no descansa el hombre santo; bajo las cuales, cuando esté, no temerá el ímpetu de los adversarios. Ni basta a esta nación destruir la viña y romper la higuera, sino que escudriñando las escudriña, y todo lo que en ellas sea vital, lo mata: de modo que, consumido todo el verdor, queden las ramas blancas y muertas, y se cumpla en nosotros: Si en el árbol verde hacen esto, ¿qué harán en el seco? (Luc. XXIII).

(Vers. 8.) Lloro como virgen ceñida de saco, por el esposo de tu juventud. LXX: Lloro por mí sobre la novia ceñida de cilicio, por su esposo virginal. El esposo de la juventud, o, como los Setenta tradujeron, παρθενικός, que vulgarmente llaman virginal, porque fue el primero en quitar la flor de la virginidad, no se entiende otro sino Dios, que en Abraham, Isaac y Jacob desposó para sí una novia virgen no manchada por ninguna suciedad de idolatría. A la cual también habla por Jeremías: No me llamaste señor, y padre, y príncipe de tu virginidad (Jer. III, 4). De donde también el Apóstol habla a los creyentes: Os desposé a un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo (I Cor. XI, 2). Mientras el esposo esté con esta novia, no puede ayunar (Mat. IX), ni llorar, ni indicar con lágrimas el deseo del esposo ausente. Pero cuando el esposo le sea quitado, llora y lamenta, y se ciñe de saco y cilicio, y en lugar de cinturón se rodea de cuerda. Entendimos quién es el esposo virginal: pero porque este esposo, o marido, no solo tomó una novia virgen, sino que también lleva por esposa a una prostituta en Oseas, por eso está escrito en el Deuteronomio: Si sales contra tus enemigos: y el Señor tu Dios los entrega en tu mano, y llevas cautivos, y ves entre los cautivos una mujer hermosa, y la amas, y quieres tomarla por esposa: la llevarás a tu casa: ella se afeitará la cabeza, y se cortará las uñas, y se quitará el vestido en que fue capturada, y sentada en tu casa, llorará a su padre y a su madre un mes, y después entrarás a ella, dormirás con ella, y será tu esposa (Deut. XXI, 10 ss.). De este tipo de mujer no es el esposo, es decir, el señor virginal, sino que tomó por esposa a una prostituta de las suciedades de las naciones. Lo cual también podemos decir de toda alma de los creyentes. Si desde pequeña edad creyó en el Señor, tiene al Señor como esposo virginal. Pero si vino a la verdad de la fe desde los judíos, o de los gentiles, y de las inmundísimas heces de los herejes, y pasó de las tinieblas a la luz, tendrá ciertamente un esposo, pero no virginal: y de este tipo de personas se dice: En Egipto fueron quebrados tus pechos, y allí fuiste desvirginada (Ezequiel XXIII, 3).

(Vers. 9 ss.) Pereció el sacrificio y la libación de la casa del Señor: y lloraron los sacerdotes ministros del Señor: la región fue devastada, lloró la tierra, porque el trigo fue devastado. El vino se confundió, el aceite languideció, los agricultores se confundieron. Aullaron los viñadores sobre el trigo y la cebada, porque la cosecha del campo pereció: la viña se confundió, y la higuera languideció; el granado, la palma y el manzano, y todos los árboles del campo se secaron: porque la alegría fue confundida de los hijos de los hombres. LXX: Fue quitado el sacrificio y la libación de la casa del Señor: llorad, sacerdotes ministros del Señor, porque los campos fueron desolados: llore la tierra, porque el trigo fue afligido, el vino se secó, el aceite se disminuyó: los agricultores se secaron: llorad, posesiones, por el trigo y la cebada, porque la vendimia del campo pereció, la viña se secó, y las higueras se disminuyeron: el granado y la palma y el manzano y todos los árboles del campo se secaron, porque confundieron la alegría los hijos de los hombres. En cuanto a la historia, debido a la multitud de langostas, o enemigos que se describen bajo su figura, devastado y consumido

todo, pereció el sacrificio y la libación de la casa del Señor: de los cuales solían ofrecer uno de flor de harina, el otro de vino. Por eso lloraron los sacerdotes, que son ministros del Señor, sin que los sacrificios ni las libaciones se celebraran debidamente: especialmente porque tampoco se ofrecieron los diezmos que solían recibir. Pues toda la región fue devastada. Lloró la tierra, metonímicamente, por lo que es, los que habitan en la tierra: el trigo, el vino y el aceite languidecieron: también los agricultores y viñadores se confundieron, y aullaron: porque no solo el trigo, sino también la cebada, que es más barata y fértil, se secó. Y las legumbres que creo se significan en lo que dice, pereció la cosecha del campo, es decir, todo lo que la tierra suele producir. ¿Qué diré del trigo, el vino, el aceite y la cebada, cuando incluso los frutos de los árboles se secaron, la higuera languideció, y el granado, la palma, el manzano, y todos los árboles, ya sean infructuosos o fructíferos, fueron consumidos por la langosta? Todo esto ocurrió para que se quitara, o se confundiera la alegría de los hijos de los hombres. Podemos decir que estas mismas cosas también sucedieron al pueblo de los judíos después de la venida del Salvador, cuando con igual furia clamaron: Crucificalo, crucificalo: no tenemos rey sino a César (Juan XIX, 9 y 15); cuando Jerusalén fue rodeada por el ejército, y llegaron a tal necesidad de hambre y pestilencia, que se alimentaban de los cuerpos inmaduros de sus hijos: y todos los sacrificios fueron quitados, y la alegría fue confundida de los hijos de los hombres, porque no quisieron recibir la alegría, de la cual el ángel habla a los pastores: Os anuncio una gran alegría (Luc. II, 10). Según la anagogía, este sentido nos parece: Después que la novia, que había recibido la doctrina de Dios, por los pecados fue separada del esposo, y en lugar de vestiduras de lino y lino fino, se ciñó de cilicio, es decir, asumió el hábito de luto, entonces perecerá el sacrificio, del cual está escrito: Sacrificio a Dios es el espíritu contrito (Ps. L, 19), y la libación de vino, que alegra el corazón del hombre, de la casa de Dios, que es la Iglesia, diciendo el Apóstol a Timoteo: Para que sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios viviente (I Tim. III, 15). El sacrificio y la libación serán quitados de la casa del Señor, cuando, multiplicada la iniquidad, se enfríe la caridad de muchos (Mat. XXIV): y los príncipes del pueblo y los ministros del altar, vean los campos y llanuras de los creyentes no dar frutos de virtudes; sino que todo se cubra de vicios: cuando el gusano, la langosta, el saltón, el pulgón consuman el trigo y la cebada, las viñas y el aceite, y no tengamos el cáliz, del cual está escrito: ¡Qué glorioso es tu cáliz embriagador! (Ps. XXII, 5). Y perecerá el aceite, del cual leemos en el Eclesiastés: En todo tiempo sean blancas tus vestiduras, y no falte el aceite sobre tu cabeza (Ecl. IX, 8): con el cual se alegra el rostro, y se unge la cabeza del que ayuna. Entonces se confundirán los agricultores, cuando vean en sus posesiones no nacer trigo, con el que se alimentan los hombres, y cebada con la que se sustentan los animales irracionales, y se confunda la viña, de la cual está escrito: Viña frondosa es Israel, abundante fruto hay en ella (Isai. V, 2): esperando el Señor que hiciera uvas, y hizo espinas. También la higuera languideció bajo la cual estaba, antes de creer, Natanael (Juan I), y el granado, cuya corteza se compara a las mejillas de la novia en el Cantar (Cant. VI), y la palma que, perdiendo su verdor, se secó, de la cual antes se decía: El justo florecerá como la palma (Ps. XCI, 13): y el manzano del cual leemos en el mismo Cantar: Como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos (Cant. II, 31). ¿Qué necesidad hay de recorrer todos los árboles, cuando todos se han secado, y en lugar de alegría y gozo, la tristeza y la confusión han oprimido a los hijos de los hombres?

(Vers. 13, 14.) Ceñíos y llorad, sacerdotes; aullad, ministros del altar; entrad, dormid en saco, ministros de mi Dios, porque pereció de la casa de vuestro Dios el sacrificio y la libación; santificad un ayuno, convocad una asamblea, reunid a los ancianos, todos los habitantes de la tierra en la casa de vuestro Dios, y clamad al Señor. LXX: Ceñíos y llorad, sacerdotes; lamentaos los que servís al altar; entrad, dormid en sacos, ministros de Dios, porque faltó de

la casa de vuestro Dios el sacrificio y la libación; santificad un ayuno, proclamad una curación; reunid a los ancianos, todos los habitantes de la tierra en la casa de vuestro Dios, y clamad al Señor vehementemente. Quien es santo sacerdote, y come la pascua del Señor, ciñase con el cinturón de la castidad, y escuche con los apóstoles: Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas en vuestras manos (Luc. XII, 35). Pero quien es pecador, y a quien remuerde su propia conciencia, ciñase de cilicio y llore, ya sea por sus propios delitos, o por los del pueblo, y entre en la Iglesia, de la cual había salido por sus pecados, y se acueste, o duerma en saco, para que compense las delicias pasadas, por las cuales ofendió a Dios, con austeridad de vida. Porque los que se visten de ropas delicadas, están en las casas de los reyes (Mat. XV). Ceñíos, pues, sacerdotes y llorad y aullad, y dormid en saco, exhortando el profeta a la penitencia, que dice: Ministros de mi Dios, cómo pereció de la casa de vuestro Dios el sacrificio y la libación (Joel II), de los cuales se ha dicho antes. Ni basta llorar, o lamentarse y asumir el hábito de luto, a menos que santifiquen un ayuno, y convoquen una asamblea. Si todo ayuno agradara a Dios, nunca diría: Santificad un ayuno. Y: No elegí tal ayuno, dice el Señor (Isai. LVIII). Y en el Evangelio se condenan a los que desfiguran sus rostros, para parecer a los hombres que ayunan (Mat. VI); y en los días, dice, de vuestros ayunos golpeáis con los puños, y oprimís al pobre. Por eso ahora dice: Santificad un ayuno. Ayuna el maniqueo, y muchos herejes, especialmente los encratitas, cuyo príncipe es Taciano, pero este ayuno es peor que la saciedad y la embriaguez. Y convocad una asamblea, o curación, para que por la penitencia curemos nuestros pecados. En lugar de asamblea en hebreo se lee, ASARA (), que Símaco tradujo como sínodo, Aquila como día de reunión. Reunid a los ancianos, cuya edad cercana a la muerte, y madura sentencia, más recibe el temor y culto de Dios. También a todos los habitantes de la tierra, de los cuales dijo antes: Oíd esto, ancianos, y escuchad con vuestros oídos, todos los habitantes de la tierra, para que tanto los ancianos como los habitantes de la tierra se reúnan en la casa de Dios, que es la Iglesia. Y cuando estén en la Iglesia, y del rebaño dispar de sacerdotes y pueblo, de ancianos y habitantes de la tierra, se haya hecho un solo rebaño, clamad, dice, al Señor en vuestros corazones y decid:

(Vers. 15.) ¡Ay, ay, ay del día, porque cerca está el día del Señor, y como devastación del poderoso vendrá. LXX: ¡Ay de mí, ay de mí, ay de mí en el día! porque cerca está el día del Señor, y como miseria de miseria vendrá. Por lo que nosotros hemos traducido, del poderoso, y en hebreo se dice SADDAI (), que hemos dicho varias veces que es uno de los diez nombres de Dios, los LXX lo interpretaron como miseria, leyendo SOD () en lugar de SADDAI. Se introduce, pues, la voz de los sacerdotes y del pueblo clamando al Señor, para que digan tres veces, ¡Ay de mí! creo que por los pecados que cometieron, ofendieron a la santa Trinidad. El día de la retribución de todos los delitos es aquel del que escriben todos los profetas, y especialmente Isaías clama: He aquí el día del Señor viene incurable, de furor e ira, para poner todo el mundo desierto, y destruir a los pecadores de él (Isai. XIII, 9). Este día se llama con razón incurable; porque cuando venga el día del juicio, no habrá lugar para la penitencia, que comparado con la eternidad, está cerca, y no lejos. Y lo que sigue: Y como miseria de miseria vendrá, o, devastación del poderoso vendrá, este es el sentido, que los males sucedan a los males, y toda aflicción sea dispensada por el juicio de Dios, que es poderoso para perder el cuerpo y el alma en el infierno (Mat. X). Lo que hemos dicho en general del día del juicio, refirámoslo especialmente al tiempo de la cautividad judía, cuando Jerusalén fue capturada, y el templo destruido; pues no mucho después vino la cautividad de las diez y dos tribus por los asirios y caldeos: se predice que vendrá, para que cuando venga, no parezca haber ocurrido por casualidad, o por la fortaleza de los enemigos; sino por la ira y amenaza de Dios, o ciertamente, actuando el pueblo en penitencia, no venga, lo que vendrá, si permanece en los delitos.

(Vers. 16.) ¿Acaso no perecieron ante nuestros ojos los alimentos; de la casa de nuestro Dios, la alegría y el júbilo? LXX: Ante vuestros ojos perecieron los alimentos: de la casa de nuestro Dios la alegría y el gozo. Ante los ojos parecen los alimentos de los pecadores, cuando ya las cosechas esperadas se quitan de las manos, y la langosta precede al segador, para que lo que a menudo se ha almacenado en los graneros, el saltón y el pulgón lo consuman. A estos que habitan en la Iglesia, según la calidad de los méritos, se les quita el trigo del espíritu, y la cebada de la letra si pecan, para que sufran hambre de la palabra de Dios. Y cuando los alimentos han sido quitados, consecuentemente se quita la alegría y el júbilo de la casa de Dios, para que los que antes escuchaban al Apóstol diciendo: Regocijaos en el Señor siempre, otra vez digo regocijaos (Filip. IV, 4); después escuchen al Señor llamándolos a la penitencia: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mat. V, 5).

(Vers. 17, 18.) Se pudrieron los animales en su estiércol: se demolieron los graneros, se dispersaron las bodegas, porque el trigo está confundido; ¿por qué gimió el animal, bramaron los rebaños de ganado? porque no hay pasto para ellos; pero también los rebaños de ovejas se han perdido. LXX: Saltaron los becerros en sus pesebres: se dispersaron los tesoros, se cavaron los lagares, porque el trigo se ha secado: ¿qué guardaremos para nosotros? Lloraron los rebaños de bueyes, porque no había pasto para ellos, y los rebaños de ovejas se han dispersado. Después de que los alimentos perecieron, y de que la alegría y el júbilo fueron quitados de la casa de Dios, también los animales se pudrieron en su estiércol, o, según la interpretación espiritual, se desmandaron en sus pesebres y patearon contra su Creador, para que se cumpliera lo que está escrito: Si no se sacian, murmurarán (Sal. LVIII, 16). Se pudre en su estiércol aquel cuyo dios es su vientre, y quien dice: Comamos y bebamos, porque mañana moriremos (Isaías XXII, 16): a este se le han demolido los graneros de la futura felicidad, y las bodegas de la abundancia eterna se han dispersado, o los lagares han sido derribados, porque si no hay trigo y vino, en vano se preparan los graneros y los lagares. Y cuando todo se haya secado, entonces con voz lastimera se quejarán y dirán: ¿Qué guardaremos para nosotros? Y lo que sigue según la LXX: Lloraron los rebaños de bueyes, porque no hay pasto para ellos, nos obliga a no entender lo dicho sobre bueyes y rebaños, sino sobre aquellos que por su simplicidad son llamados bueyes y ovejas. De cuyos pastos el Salvador habla: Entrará y saldrá, y encontrará pasto (Juan X, 3). Todo esto entiéndase bajo la metáfora de la oruga, la langosta, el saltón y el moho, que, al ser destruidos los frutos y devastados, el hambre y la pestilencia lo han poseído todo.

(Vers. 19, 20.) A ti, Señor, clamaré: porque el fuego ha consumido las bellezas del desierto, y la llama ha encendido todos los árboles de la región; pero también las bestias del campo, como un área sedienta de lluvia, han mirado hacia ti: porque se han secado las fuentes de agua, y el fuego ha devorado las bellezas del desierto. LXX: A ti, Señor, clamaré, porque el fuego ha consumido las bellezas del desierto, y la llama ha encendido todos los árboles del campo, y los animales del campo han mirado hacia ti, porque se han secado las emisiones de agua, y el fuego ha devorado las bellezas del desierto. El profeta clamando al Señor, o el pueblo a través del profeta: porque el fuego ha consumido las bellezas del desierto, y la llama ha encendido todos los árboles de la región, las bestias y los animales del campo han mirado hacia el Señor, como un área sedienta de lluvia. Esto lo significa Aquila con una sola palabra diciendo, ἐπρασιώθη; y miraron hacia él, porque se han secado las fuentes, o las emisiones de agua, y el fuego ha devorado las bellezas del desierto, lo cual ciertamente hicieron la oruga, la langosta, el saltón y el moho, como el fuego en la paja, la llama en los espinos. Las bellezas del desierto, que en hebreo se llaman NAOTH (), entendamos ya sea como las llanuras de los campos, o los prados florecientes, o los lugares verdes con hierbas, que

proporcionaron pasto a los animales. Clamar al Señor a través del profeta, hizo que los animales miraran hacia él, el fuego que devoró las bellezas del desierto, y la llama que encendió todos los árboles de la región, para que los frutos y las manzanas perecieran juntos, y porque se han secado las fuentes de agua, y todo lo que se podía encontrar en el desierto, la voraz llama lo consumió. Consideremos también, que si no fuera por la angustia y la privación de delicias, ni el profeta ni las bestias habrían clamado al Señor, o mirado hacia el Señor, lo cual también puede referirse a un hombre justo, que cuando se aparta y hace el mal, sus virtudes pasadas no le servirán de nada; sino que el Señor lo juzgará en lo que lo encuentre. Podemos llamar bellezas del desierto, de las cuales está escrito: Más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido (Isaías LIV, 1). Y la llama que encendió todos los árboles de la región, debe creerse que es aquella que se envía con las flechas ardientes del diablo, para que nada de buenos frutos quede en nosotros; sino que todo sea consumido por el incendio. Porque todos adulteran, como horno sus corazones; y no solo el profeta, o el pueblo a través del profeta, que es un animal racional (Oseas VII), sino también los animales, de los cuales se ha dicho: Salvarás, Señor, a hombres y animales (Sal. XXXV, VII). Y en otro lugar: Me he vuelto como un animal ante ti (Salmo VII, 23). Y de nuevo: Los sembraré con semilla de hombres y de animales (Jer. XXXI, 27), miraron hacia el Señor, y pidieron el rocío de su misericordia; porque se han secado las fuentes de agua, que el ciervo desea. Y de las cuales el Señor habla a través de Jeremías: Me abandonaron a mí, fuente de agua viva (Jer. II, 13). Pero al secarse las fuentes de agua, que riegan y refrescan lo árido, consecuentemente todo lo que en nosotros era hermoso, ha sido consumido por el ardor del fuego, del cual el Señor habla en el Evangelio: Vi a Satanás caer del cielo como un rayo (Luc. X, 18).

(Cap. II.---Vers. 1 seqq.) Toquen la trompeta en Sion: clamen en mi monte santo: que se turben todos los habitantes de la tierra, porque viene el día del Señor, porque está cerca el día de tinieblas y oscuridad, día de nube y torbellino; como la mañana extendida sobre los montes, un pueblo numeroso y fuerte, semejante a él no hubo desde el principio, y después de él no lo habrá hasta los años de generación en generación. Delante de su rostro, fuego devorador, y detrás de él, llama abrasadora; como jardín de delicias la tierra delante de él, y detrás de él desolación del desierto: no hay quien escape de él: como el aspecto de caballos, su aspecto, y como jinetes así correrán, como el sonido de carros sobre las cimas de los montes saltarán, como el sonido de llama de fuego que devora la paja, como un pueblo fuerte preparado para la batalla, ante su rostro se angustiarán los pueblos: todos los rostros se volverán pálidos, como valientes correrán, como guerreros subirán [Al. subirán] el muro: hombres en sus caminos caminarán [Vulg. hombre . . . caminará], y no se desviarán de sus sendas: cada uno no apretará a su hermano, cada uno en su camino andará. Pero también por las ventanas caerán, y no se demolerán, entrarán en la ciudad, correrán en el muro, subirán a las casas, entrarán por las ventanas como ladrón: ante su rostro tembló la tierra, se movieron los cielos, el sol y la luna se oscurecieron, y las estrellas retiraron su resplandor, y el Señor dio su voz ante el rostro de su ejército, porque son muy numerosos sus campamentos, porque fuertes y ejecutores de su palabra. Grande es el día del Señor y muy terrible, ¿y quién lo soportará? LXX: Toquen la trompeta en Sion, prediquen en mi monte santo: que se turben todos los habitantes de la tierra: porque está cerca el día del Señor, porque está cerca el día de tinieblas y oscuridad, día de nube y escarcha; como la mañana se extenderá sobre los montes un pueblo numeroso 185 y fuerte, semejante a él no hubo desde el principio, y después de él no lo habrá hasta los años de generación en generación. Delante de él fuego consumidor, y detrás de él llama encendida. Como el paraíso de delicias la tierra delante de su rostro; y detrás de él, como campo de desolación, y no habrá quien se salve de él; como el aspecto de caballos, su aspecto, y como jinetes así perseguirán. Como la voz de carros sobre las cimas de

los montes saltarán, y como la voz de llama de fuego que devora la paja, y como un pueblo numeroso y fuerte preparado para la batalla, ante su rostro se angustiarán los pueblos, todo rostro como quemadura de olla, como guerreros correrán, y como hombres de guerra subirán sobre los muros, y cada uno en su camino andará, y no se desviarán de sus sendas, cada uno no se apartará de su prójimo, cargados con sus armas irán, y en sus lanzas caerán, y no se consumirán, tomarán la ciudad, y correrán sobre los muros: subirán a las casas, y entrarán por las ventanas como ladrones, ante su rostro se confundirá la tierra, y se moverá el cielo, el sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retirarán su luz, y el Señor dará su voz ante el rostro de su fortaleza, porque son muy numerosos sus campamentos, porque fuertes son las obras de sus palabras, porque grande es el día del Señor, grande y muy ilustre, ¿y quién será suficiente para él? Nuevamente, mediante la metáfora de las langostas, se describe el ímpetu de los caldeos, y se ordena al profeta, más bien a través del profeta a todos los que pueden escuchar la palabra de Dios, que como trompeta eleven su voz, y en Sion prediquen, y toquen en su monte santo, para que al estruendo del clamor y de la trompeta todo el pueblo de Jerusalén tiemble. Y cuando, dice, toquen, digan esto: No se diferirá más el día del Señor, es decir, el día de la venganza y el castigo; está cerca la cautividad, ya ha salido de su lugar el ejército de los babilonios, está cerca el día de tinieblas y angustia, día de oscuridad y nube y torbellino, en el cual se quitará toda luz de alegría [Al. justicia], y todo será oprimido por las tinieblas. Como, dice, la mañana y el amanecer de repente ahuyentan las tinieblas, y toda la aurora ilumina los montes: así se extenderá el ejército de los babilonios sobre toda vuestra tierra. Y no penséis que la multitud es débil, es un pueblo 186 numeroso y fuerte, cuya semejanza ni en el pasado, ni en el futuro, ninguna otra nación podrá encontrar: todo lo que toque, como llama voraz consumirá, y nada dejará íntegro detrás de sí; como jardín y paraíso de delicias es toda la tierra que no ha tocado: como desolación y desierto, todo lo que haya saqueado, y no se encontrará quien escape de sus manos. Su aspecto es como el de caballos feroces, y como jinetes correrán de aquí para allá. No porque los babilonios se comparen con jinetes; sino porque las langostas, por la traslación de los enemigos, se dicen como jinetes que corren de aquí para allá: Como el sonido, dice, de carros y carruajes, así será el sonido de las langostas. Saltarán sobre las cimas de los montes, para subir a todas las alturas; y como la paja rápidamente la consume la llama, así el sonido y el terror de su voz devastará todo. Y lo que añade: Como un pueblo fuerte preparado para la batalla, nuevamente se refiere a las langostas, para que no parezca que se refiere a los enemigos, sino como si se refiriera a las langostas; y sin embargo, mientras leemos langostas, pensemos en los babilonios. Será tal el terror, que todas las naciones alrededor, tanto en ánimo como en cuerpo, se horrorizarán, incluso se angustiarán: y por la magnitud del miedo, los rostros de todos se convertirán en la semejanza de una olla, que quemada por el fuego, muestra un aspecto feo de negrura y hollín. Correrán, dice, como hombres fuertes, sin duda refiriéndose a las langostas: y como guerreros subirán el muro, para que la altura de los muros no pueda detener el ímpetu de los fuertes, y no entren por las puertas, sino por los muros: Cada uno en sus caminos caminarán, y no se desviarán de sus sendas. Esto lo vimos recientemente en esta provincia. Pues cuando venían las hordas de langostas, y ocupaban el aire que está entre el cielo y la tierra, volaban con tal orden por disposición del Dios que manda, que como las teselas que se fijan en los pavimentos por la mano del artesano, mantienen su lugar, y ni siquiera por un punto, y, por así decirlo, por un ancho de uña se desvían a otro. Y para hacer clara la metáfora, y por las ventanas, dice, caerán, y no se demolerán. Nada es inaccesible para las langostas, pues penetran tanto en los campos, como en las siembras, y los árboles, y las ciudades, y las casas, y 187 los secretos de las habitaciones. Esto se dice de las langostas, para que se entienda de los enemigos. Y lo que hemos interpretado como caerán por las ventanas, y no se demolerán, los LXX tradujeron, cargados con sus armas irán, y en sus lanzas caerán y no se consumirán: lo cual no me parece que convenga al orden de la exposición, sino que en ello se

ha generado un error, porque la palabra hebrea SALA () la entendieron ellos como lanzas, y nosotros como ventanas. Y mantiene la narración comenzada, para decir que ellos entrarán en la ciudad, correrán en los muros, subirán a las casas, y entrarán por las ventanas como ladrones, no porque tengan el temor de los ladrones quienes son vencedores; sino como los ladrones suelen entrar por las ventanas, y robar ocultamente, así ellos, con las puertas cerradas, para que no haya demora, irrumpirán con toda audacia por las ventanas. Ante la presencia de tales langostas tembló la tierra, y se movieron los cielos, lo cual debemos entenderlo hiperbólicamente, no porque las langostas o los enemigos tengan tal fuerza que puedan mover los cielos y sacudir la tierra; sino que para quienes sufren adversidades, por la magnitud del terror, parece que el cielo se derrumba y la tierra se agita. Finalmente, por la multitud de langostas que cubren el cielo, el sol y la luna se convertirán en tinieblas, y las estrellas retirarán su resplandor: mientras la luz, puesta en medio de la nube de langostas, no permite que llegue a la tierra. El Señor también dará su voz ante la presencia de un ejército tan poderoso, porque son muchos sus campamentos, y la magnitud de su poder se demuestra incluso en los pequeños animales. Estos campamentos numerosos, e innumerables, son muy fuertes, y ejecutan su palabra. Con lo cual se muestra que los babilonios vendrán por voluntad de Dios, y obedecerán su mandato. Grande es, dice, el día del Señor, en el cual será tomada Jerusalén, y muy terrible, y nadie podrá soportarlo, y escapar de la necesidad de la cautividad o de la muerte. No quise dividir el pasaje unido y coherente consigo mismo, para que lo que era uno en sentido no se desgarrara en diferentes capítulos. Pasemos a la comprensión espiritual, repitiendo cada cosa. El sonido de las trompetas y trompetas no solo lo leemos en el Levítico y en el libro de los Números (Num. X), en los cuales se ordena que Moisés haga dos trompetas de plata, con las cuales tanto en las calendas, como en el séptimo mes, el primer día del mes, y en el jubileo, y en 188 las demás festividades, y cuando salen a las guerras, toquen aquellos que están dedicados a este oficio; sino que también está escrito que los muros de Jericó cayeron al sonido de las trompetas (Josué VI). Y el Señor dice que enviará al ángel con el sonido de la trompeta (Mat. XXIV), y el Apóstol predica que la resurrección de los muertos se hará al sonido de la trompeta (I Cor. XV). Y también en el Apocalipsis de Juan leemos que siete ángeles recibieron trompetas individuales, con las cuales, tocando por orden, se hicieron las cosas que describe la Escritura (Apoc. VIII). Por lo tanto, ahora se ordena a los sacerdotes y maestros que eleven su voz como trompeta, y cumplan lo que está escrito: Sube al monte alto, tú que evangelizas a Sion: eleva tu voz, tú que anuncias a Jerusalén (Is. XLVIII, 9), para que toque la trompeta en Sion, es decir, en la Iglesia, que se interpreta como atalaya y altura. Y en el monte santo de Dios que es Cristo, para que se turben, o se confundan todos los habitantes de la tierra, y la confusión los lleve a la salvación. Entiende el día del Señor como el día del juicio, o el día de la salida de cada uno del cuerpo. Porque lo que sucederá en el día del juicio a todos, eso se cumple en cada uno en el día de la muerte. Es un día de tinieblas y angustia, día de nube y torbellino; porque todo está lleno de penas y tormentos. Vendrá un pueblo numeroso y fuerte de ángeles, para dar a cada uno según sus obras; y como la mañana y el amanecer que se levanta primero ocupa los montes, así el juicio comenzará por los altos y poderosos, para que los poderosos sufran poderosamente los tormentos. Semejante a él no hubo desde el principio, y después de él no lo habrá hasta los años de generación en generación (Sab. VI). Porque todos los males que se contienen en las historias antiguas, ya sea por inundación del mar, o por aluvión de ríos, o por pestilencia, enfermedades, hambre, bestias, devastación de enemigos, que sucedieron a los hombres, no podrán compararse con estos castigos que se han de dar en el día del juicio. Delante de la faz de este pueblo que es fuerte y numeroso, habrá fuego devorador, o consumidor, para que consuma todo en nosotros que sea heno, madera y paja. Por lo cual también se dice de Dios: Dios es fuego consumidor, y detrás de él llama ardiente (Deut. IV, 24); para que no deje nada sin castigo. A quienquiera que este pueblo no toque, ni encuentre

en él materia de combustión, será asimilado al jardín de Dios y al paraíso de delicias, que 189 en hebreo se dice EDEN (). Pero a quien queme, lo reducirá a cenizas como desolación, y no hay quien pueda escapar de su furia, cuyo cruel aspecto tendrá la semejanza de caballos que resoplan, y así correrán para atormentar a quienes hayan tomado en su poder, como jinetes volando de aquí para allá: su sonido será terrible, como el de carros que corren por pendientes; y saltarán sobre las cimas de los montes, deseando atormentar a todos los altos y a los que están en la cumbre de la Iglesia. Y porque delante de su rostro hay fuego devorador, y consumidor, así devastarán todo, como la llama consume la paja: así vendrán a castigar: así estarán listos y preparados, como un pueblo fuerte para la batalla. Será tal el temor de todos, tal la conciencia de los pecados, que nadie brillará, ni tendrá el resplandor de la alegría, sino que su rostro se volverá en tinieblas como una olla quemada. Subirán el muro y toda fortificación; cumpliendo la obra que se les ha encomendado, no se desviarán a otra parte; sino ansiarán los tormentos de los miserables, ni se saciarán de sus tormentos; sino que cada uno seguirá los castigos encomendados a él sobre los pecadores. Pero también entrarán por las ventanas, o caerán; o cargados con sus armas caminarán, y en sus lanzas [Al. sus] caerán aquellos que hayan tomado para consumir. Estas son las ventanas, de las cuales también dice Jeremías: La muerte entrará por nuestras ventanas (Jer. VI, 21): porque todos nuestros sentidos desean los enemigos entrar, y tomar la ciudad de la buena conciencia, y correr por nuestras fortificaciones, y destruir las casas que hemos edificado con buenas obras. Todo lo hacen entrando por las ventanas, como ladrón: porque no entran libremente, para disparar en la oscuridad a los rectos de corazón (Sal. X). Ante la faz de este pueblo, que es numeroso y fuerte, tembló la tierra, y se movieron los cielos. Porque el cielo y la tierra pasarán, pero la palabra del Señor permanece para siempre (Mat. 24). Pero también el sol y la luna no podrán ver tales castigos de los miserables, y se entristecerán, no teniendo la justicia de su oficio, y en lugar de luz clara, se cubrirán de horrendas tinieblas; también las estrellas retirarán su fulgor, 190 mientras incluso los santos no verán la presencia del Señor sin temor. En todo esto dará el Señor su voz, ante la faz de su ejército. Porque así como los babilonios castigando a Jerusalén, se llaman ejército de Dios: así los ángeles malos (de los cuales está escrito: Furor e ira y angustia, envío por ángeles malos (Sal. LXXVII, 49) se llaman ejército de Dios, y se nombran sus campamentos, mientras hacen la voluntad del Señor. Grande es el día del Señor y terrible, de lo cual está escrito en otro lugar: ¿Por qué deseáis el día del Señor (Amós V)? y este es tinieblas, y no luz; y muy terrible; y raro o ninguno podrá soportarlo, sin ofrecer en sí mismo materia para su furia.

(Vers. 12 seqq.) Ahora, pues, dice el Señor: Convertíos a mí de todo vuestro corazón, con ayuno, y llanto y lamento; y rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios: porque es benigno y misericordioso, paciente y de mucha misericordia, y se arrepiente del mal: ¿quién sabe si se volverá y perdonará, y dejará tras de sí bendición, sacrificio y libación al Señor nuestro Dios [Vulg. vuestro]? LXX: Y ahora dice el Señor nuestro Dios: Convertíos a mí de todo vuestro corazón, con ayuno, con cilicio, con llanto, y con lamento; y rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios: porque es misericordioso y compasivo, paciente y de mucha misericordia, y se arrepiente del mal: ¿quién sabe si se volverá y se arrepentirá, y dejará tras de sí bendición, sacrificio y libación al Señor nuestro Dios? El capítulo anterior desde el lugar donde está escrito: Toquen la trompeta en Sion, clamen en mi monte santo: que se turben todos los habitantes de la tierra, hasta el lugar donde leemos: Grande es el día del Señor y muy terrible, ¿quién lo soportará? mediante la traslación de las langostas, anuncia la llegada de los caldeos, y los males que vendrán al pueblo. Ahora los provoca al arrepentimiento, y los exhorta a convertirse al Señor, para que corregidos de todo corazón, no sufran lo que el Señor amenaza, y el sentido es: Todo lo que se contiene en el discurso anterior, por eso lo he dicho,

para que os asustara con mi amenaza. Por lo cual convertíos a mí de todo vuestro corazón, y mostrad el arrepentimiento del alma con ayuno y llanto y lamentos; para que ahora ayunando después os saciéis, ahora llorando después os riáis, ahora lamentando después os consoléis. Y porque es costumbre, que en las cosas tristes y adversas rasguéis las vestiduras, lo cual se recuerda que también el sumo sacerdote hizo para aumentar el crimen del Señor Salvador en el Evangelio (Mat. XXVI), y leemos que Pablo y Bernabé lo hicieron al escuchar palabras de blasfemia (Hech. XIV): por eso yo os mando, que no rasguéis las vestiduras, sino los corazones que están llenos de pecados, que como odres, si no se rasgan, se romperán espontáneamente. Y cuando hayáis hecho esto, volved al Señor vuestro Dios, a quien vuestros pecados anteriores habían hecho ajeno: y no desesperéis del perdón por la magnitud de los crímenes; porque los grandes pecados los borrará una gran misericordia. Porque es benigno y misericordioso, prefiriendo el arrepentimiento de los pecados a la muerte (Ezequiel XXXIII), paciente y de mucha misericordia, que no imita la impaciencia humana; sino que espera largo tiempo nuestro arrepentimiento: y se arrepiente, o se arrepiente del mal, para que si nosotros hacemos penitencia por los pecados, también él se arrepienta de su amenaza, y no nos inflija los males que nos ha amenazado, y por el cambio de nuestra sentencia, también él se cambie. No debemos entender la maldad en este lugar como contraria a la virtud, sino como aflicción, según lo que leemos en otro lugar: Basta al día su propio mal (Mat. VI, 34). Y: Si hay en la ciudad maldad, que el Señor no haya hecho (Amós III, 6). De manera similar, porque arriba dijo, benigno y misericordioso, paciente y de mucha misericordia, y se arrepiente, o se arrepiente del mal, no sea que la magnitud de la clemencia nos haga negligentes, añade desde la persona del Profeta y dice: ¿Quién sabe si se volverá y perdonará, y dejará tras de sí bendición? Yo, dice, exhorto, lo que es mío, al arrepentimiento, y conozco inefablemente a Dios como clemente, diciendo David: Ten piedad de mí, Dios, según tu gran misericordia, y según la multitud de tus misericordias borra mi iniquidad (Sal. L, 1, 2). Pero porque no podemos conocer la profundidad de las riquezas y la sabiduría y el conocimiento de Dios, modero mi sentencia, y prefiero desear antes que presumir, diciendo: ¿quién sabe si se volverá y perdonará? Lo que dice quién, debe entenderse como imposible o difícil: Sacrificio y libación al Señor nuestro Dios; para que después de que haya dado la bendición, y nos haya perdonado nuestros pecados, podamos ofrecer sacrificios a Dios.

(Vers. 15 seqq.) Toquen la trompeta en Sion: santificad el ayuno, convocad la asamblea, reunid al pueblo: santificad la Iglesia, congregad a los ancianos, reunid a los niños y a los que maman. Salga el esposo de su alcoba, y la esposa de su tálamo: entre el vestíbulo y el altar llorarán los sacerdotes, ministros del Señor, y dirán: Perdona, Señor, a tu pueblo, y no entregues tu heredad al oprobio, para que las naciones no se enseñoreen de ellos. ¿Por qué han de decir entre los pueblos: Dónde está su Dios? LXX: Tocad la trompeta en Sion, santificad el ayuno, proclamad la curación, reunid al pueblo, santificad la Iglesia, elegid a los ancianos: reunid a los niños y a los que maman, salga el esposo de su alcoba, y la esposa de su tálamo. Entre el pórtico y el altar llorarán los sacerdotes, ministros del Señor, y dirán: Perdona, Señor, a tu pueblo, y no entregues tu heredad al oprobio, para que las naciones no se enseñoreen de ellos, para que no digan entre las naciones: Dónde está su Dios? Aún los exhorta a la penitencia, antes de que venga el ejército enemigo. Antes, dice, había dicho: Tocad la trompeta en Sion, gritad en mi monte santo, y lo demás, porque viene el día del Señor, porque está cerca el día de tinieblas y oscuridad, día de nube y torbellino, anunciándoos que vendrá un pueblo numeroso y fuerte, que subvertirá vuestras posesiones y ciudades. Ahora, porque soy benigno y misericordioso, paciente, y abundante en misericordia, nuevamente os mando y digo: Tocad la trompeta en Sion, y predicad la penitencia entre los pueblos; santificad el ayuno, proclamad la curación, o la asamblea, de la

que ya hemos hablado: reunid al pueblo, para que el que pecó disperso, reunido deje de pecar. Santificad la Iglesia, para que ninguno en la Iglesia no sea santo, no sea que vuestras oraciones sean impedidas, y un poco de levadura corrompa toda la masa (I Cor. V). Congregad, o elegid a los ancianos, para que no sea la edad en ellos, sino la santidad la que se elija. Reunid también a los niños y a los que maman, para que no haya edad que no se convierta al Señor. Niños y lactantes, de los que leemos en los Salmos y en el Evangelio: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza (Sal. VIII, 3; Mat. XXI, 16). A quienes Pedro dice nutridos con leche racional y sin engaño (I Ped. II): de quienes Pablo habla: Leche os di a beber, no alimento sólido (I Cor. III, 2): de quienes también el Salvador recuerda: No despreciéis a uno de estos pequeños (Mat. XVIII, 10). Salga también el esposo de su alcoba, y la esposa de su tálamo: para que en tiempo de ayuno, de vocación y de asamblea, de santificación de la Iglesia, de elección de los ancianos, de reunión de los niños y de los que maman, no sirvan el esposo y la esposa a la obra nupcial, a quienes también la Ley permite que no salgan a la guerra. Por eso el Apóstol mandó apartarse un poco del coito, para que podamos dedicarnos a la oración (I Cor. VII). Por tanto, quien en la mortificación del cuerpo, y en el ayuno y las limosnas dice que hace penitencia, en vano lo promete con palabras, a menos que salga de su alcoba, y cumpla el ayuno santo y puro con penitencia casta. Y lo que sigue: Entre el vestíbulo y el altar llorarán los sacerdotes, por vestíbulo los LXX interpretaron pórtico: Símaco προπύλαιον: Aquila πρόδομον: Teodoción puso la misma palabra hebrea ULAM ( ): que podemos llamar antesala del templo y pórtico. Y nota lo que manda a los sacerdotes que son ministros del Señor, que lloren entre el templo y el altar, y digan con el Apóstol: ¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? (II Cor. XI, 29). Y: Llorar con los que lloran. Y el lugar adecuado para la penitencia y la confesión es el templo y el altar: y enseña qué deben decir los sacerdotes, más bien cómo deben suplicar al Señor: Perdona, Señor, a tu pueblo; que cuando pecaba, era llamado no tu pueblo: ahora después de que se apartó de los vicios, es llamado tu pueblo. Y no entregues tu heredad al oprobio, para que las naciones no se enseñoreen de ellos. El enigma que estaba oculto se ha revelado. Porque aquel pueblo numeroso y fuerte, que antes fue descrito bajo el nombre de oruga, langosta, saltón y pulgón, ahora se muestra más claramente quién es: Para que las naciones se enseñoreen de ellos. La heredad del Señor se da en oprobio, cuando sirven a los enemigos, y las naciones dicen: ¿Dónde está su Dios, a quien decían que era su protector y defensor? Podemos interpretar las naciones como potestades adversarias, que mientras no hacemos penitencia, se enseñorean de nosotros, y nos reprochan y dicen: ¿Dónde está su Dios? Los judíos refieren este lugar a Gog y Magog, naciones muy feroces, que dicen que vendrán en el último tiempo contra Israel, de las que se escribe más plenamente en Ezequiel.

(Vers. 18 seqq.) El Señor se ha compadecido de su tierra, y ha perdonado a su pueblo: y el Señor respondió y dijo a su pueblo: He aquí que yo os enviaré trigo, vino y aceite, y os saciaréis de ellos, y no os entregaré más al oprobio entre las naciones: y al que viene del norte, lo alejaré de vosotros, y lo expulsaré a una tierra desierta y árida: su rostro hacia el mar oriental, y su extremo hacia el mar occidental: y subirá su hedor, y subirá su podredumbre, porque ha hecho grandes cosas. LXX: Y el Señor se ha compadecido de su tierra, y ha perdonado a su pueblo, y el Señor respondió y dijo a su pueblo: He aquí que yo os enviaré trigo, vino y aceite, y os saciaréis de ellos, y no os entregaré más al oprobio entre las naciones, y al que viene del norte lo alejaré de vosotros, y lo llevaré a una tierra sin agua, y destruiré su rostro en el primer mar, y su parte posterior en el último mar: y subirá su hedor, y subirá su podredumbre, porque sus obras se han engrandecido. Después de que los sacerdotes intercedieron por el pueblo, y dijeron: Perdona, Señor, a tu pueblo, y no entregues tu heredad al oprobio, y el pueblo hizo lo que se mandó, para que santificara el ayuno, proclamara la

curación, reuniera a la multitud, santificara la Iglesia, eligiera a los ancianos, reuniera a los niños y a los que maman, y saliera el esposo de su alcoba, y la esposa de su tálamo, y no sirvieran a la carne y al placer, sino al alma y al llanto. El Señor se ha compadecido de su tierra, que antes había despreciado como ajena, y había permitido que la langosta la devastara, y tanto perdonó a los penitentes, que los hizo dignos de su respuesta, y dijo que, ya que todas vuestras cosechas fueron devastadas por la langosta, el saltón y el pulgón: por eso os daré trigo, y lo demás que describe el profeta, y no os entregaré más a la cautividad. Y al asirio y caldeo que viene del norte, lo alejaré de vosotros, del que está escrito antes: Pueblo numeroso y fuerte, delante de él fuego devorador, y detrás de él llama abrasadora, como aspecto de caballos es su aspecto. Y lo expulsaré, dice, a una tierra desierta, y sus primeras partes caerán en el mar Oriental, y las posteriores en el mar Occidental, y subirá su hedor, es decir, el que viene del norte, y su podredumbre, porque ha actuado con soberbia. A menudo he advertido que bajo la metáfora de las langostas se describe el ímpetu de los caldeos, con el que Judea fue devastada. Así que mantiene la metáfora en lo demás, y según la situación de la provincia habla así, como si no se refiriera a enemigos, sino a langostas. También en nuestros tiempos hemos visto enjambres de langostas cubrir la tierra de Judea, que luego, por la misericordia del Señor entre el vestíbulo y el altar, es decir, entre el lugar de la cruz y la resurrección, con los sacerdotes y el pueblo suplicando al Señor y diciendo: Perdona a tu pueblo, con el viento levantándose, fueron precipitadas en el primer y último mar. Entiende por primer mar el que está junto al desierto, y se dirige al Oriente, aquel en el que una vez estuvieron Sodoma y Gomorra, Adama y Seboim, que ahora se llama Muerto, porque no viven allí criaturas. Y el último mar, el que está al Occidente, y que conduce a Egipto, en cuya costa están Gaza, Ascalón, Azoto y Jope, y Cesarea, y las demás ciudades marítimas. Y cuando las costas de ambos mares se llenaron de montones de langostas muertas, que las aguas vomitaron, su podredumbre y hedor fueron tan nocivos, que también corrompieron el aire, y se generó una pestilencia tanto de animales como de hombres. Que el lector erudito busque dónde esto se cumplió literalmente con los caldeos. No mucho después de que estas cosas fueron profetizadas, si leemos en Isaías, ciento ochenta y cinco mil caldeos fueron muertos en una noche por el ángel bajo el rey Ezequías (Isa. XXXVII). Esto lo hemos dicho según la historia. Pero según la tropología, toda alma es tierra del Señor, en la que el padre de familia siembra su semilla, que cuando en lugar de trigo produce cizaña, es decir, avena y lolio, y ofende a su Señor, y después hace penitencia, llorando dice: Perdona, Señor, a tu pueblo, el Señor se compadece de su tierra, y le perdona a la que antes había despreciado, y la digna de su palabra y dice: Te enviaré trigo, del que está escrito: En verdad, en verdad os digo, si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, produce mucho fruto (Juan XII): y vino que alegra el corazón del hombre, y aceite que alumbra el rostro, para que la antigua tristeza de los pecados, con la alegría del trigo, el vino y el aceite, es decir, de las virtudes, se modere, y tengan tal abundancia de todos los bienes, que se llenen y sacien de ellos. Y cuando hayan conseguido esto, no serán entregados al oprobio de las naciones, de las que el Apóstol habla: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades: contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales (Efes. VI, 12). También al que viene del norte (del que Jeremías habla: Del norte se encenderán males sobre todos los habitantes de la tierra (Jer. I, 14): del que también Salomón escribe: El viento del norte es el más duro) lo alejaré de vosotros, y lo expulsaré a una tierra desierta y árida, que no tiene conocimiento de Dios, en la que no habita el Espíritu Santo. Y su rostro estará en el primer mar y en el último mar, en aquellos que le abrieron la puerta del pecado, y en quienes permanecieron hasta el final de su vida, y su hedor y podredumbre suben incluso en aquellos que se prometen grandes cosas, y caen por soberbia: porque nunca está segura la fragilidad humana, y cuanto más crecemos en virtudes, tanto más debemos temer no caer desde lo alto. Según la letra, los

enjambres de langostas suelen ser traídos más por el Austro que por el Aquilón, es decir, no vienen del frío, sino del calor: pero como hablaba de los asirios, poniendo la similitud de las langostas, por eso intercaló el Aquilón, para que no entendamos una verdadera langosta, que suele venir del Austro, sino que bajo la langosta entendamos a los asirios y caldeos.

(Vers. 22 seqq.) No temas, tierra: exulta y alégrate porque el Señor ha engrandecido para hacer: no temáis, animales de la región; porque han germinado las hermosuras del desierto, porque el árbol ha dado su fruto, la higuera y la vid han dado su vigor: y vosotros, hijos de Sion, exultad y alegraos en el Señor vuestro Dios, porque os ha dado un maestro de justicia, y hará descender sobre vosotros la lluvia temprana y tardía como al principio, y se llenarán las eras de trigo, y rebosarán los lagares de vino y aceite, y os devolveré los años que devoró la langosta, el saltón, el pulgón y la oruga. Mi gran fortaleza que envié sobre vosotros: y comeréis hasta saciaros, y alabaréis el nombre del Señor vuestro Dios, que ha hecho maravillas con nosotros, y mi pueblo no será confundido jamás: y sabréis que en medio de Israel estoy yo, y yo soy el Señor vuestro Dios, y no hay otro, y mi pueblo no será confundido jamás.

LXX: Confía, tierra, goza y alégrate, porque el Señor ha engrandecido para hacer: confiad, bestias del campo, porque han germinado los campos de la soledad, porque el árbol ha dado su fruto, la higuera y la vid han dado su fortaleza: y vosotros, hijos de Sion, gozad y alegraos en el Señor vuestro Dios, porque os ha dado alimentos de justicia, y ha llovido sobre vosotros la lluvia temprana y tardía, como al principio, y se llenarán las eras de trigo, y rebosarán los lagares de vino y aceite. Y os devolveré por los años en que devoró la langosta, el saltón, el pulgón y la oruga. Mi gran fortaleza que envié sobre vosotros, y comeréis hasta saciaros: y alabaréis el nombre del Señor vuestro Dios, que ha hecho maravillas con vosotros y mi pueblo no será confundido jamás, y sabréis que en medio de Israel estoy yo, y yo soy el Señor vuestro Dios, y no hay otro fuera de mí, y mi pueblo no será confundido jamás.

A todos aquellos a quienes antes había amenazado, ahora les promete lo contrario. Antes había dicho: el fuego ha devorado las hermosuras del desierto, y la llama ha quemado todos los árboles de la región, y las bestias del campo, como un área sedienta de lluvia, han mirado hacia ti: porque se han secado las fuentes de agua, y el fuego ha devorado las hermosuras del desierto. Ahora mitiga la tristeza de los alegres, y convierte las lágrimas en risa. No temáis, dice, animales de la región: porque han germinado las hermosuras del desierto: porque el árbol ha dado su fruto, la higuera y la vid han dado su vigor: y habrá tal abundancia de todas las cosas, que no os faltará trigo, vino y aceite para saciaros; sino que se llenarán las eras de trigo, y rebosarán los lagares de vino y aceite, para que no solo podáis comer vosotros mismos, sino también ofrecer a otros.

Habla también especialmente a los hijos de Sion, para que exulten y se alegren, no en cualquier cosa ligera; sino en el Señor su Dios, que les ha dado alimentos de justicia: y como tradujeron los Setenta, y la lluvia temprana y tardía, para que coman y se alegren, y alaben el nombre del Señor su Dios, que ha hecho maravillas con ellos, y no serán confundidos: y sepan que el Señor Dios de Israel habita en medio de ellos, y fuera de Él no hay otro, porque el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre: y su pueblo no será confundido jamás.

Estas cosas, según la letra, porque han sido prometidas por el Señor, creemos que han sucedido, y la esterilidad pasada ha sido compensada con nuevas cosechas: para que todo lo que la langosta, el saltón, el pulgón y la oruga habían consumido, se llenara en los años siguientes. Preguntamos por qué la oruga ha sido llamada fortaleza o virtud del Señor, y no

solo virtud, sino gran virtud. Así como el poder de Dios se mostró en las plagas de Egipto a través de pequeños animales, y especialmente los mosquitos, que son tan pequeños que apenas se pueden ver con los ojos. Así también ahora en un pequeño y lento gusanillo, que apenas puede moverse, y se destruye con un leve toque, se demuestra el poder de Dios y la fragilidad humana. No porque Dios no pueda, a su voluntad y majestad de poder, subvertir la tierra, y cubrir todo con un diluvio, o quemarlo con un rayo; sino que a través de pequeños, y, por así decirlo, puntos de cuerpos, muestra la fragilidad humana. Por eso solemos responder a Marción y a otros herejes que desgarran el Antiguo Testamento, que Dios hizo pulgas, mosquitos y chinches, y animales de este tipo, para mostrar la fragilidad e impotencia de nuestra carne, que es tan nada, que es herida por lo que es pequeño. Si la oruga, un pequeño y lento gusanillo, es más fuerte que el hombre, ¿de qué se gloria la tierra y el polvo; y elevada por el orgullo (siendo de la tierra, de la cual el hombre es llamado) desprecia lo humano? Algunos interpretan este lugar así: A la derecha y a la izquierda leemos virtudes y fortalezas de Dios, que los griegos llaman *δυνάμεις*. A la derecha Serafines y Querubines, y todos los poderes angélicos, a la izquierda fortalezas contrarias, de las cuales está escrito: Envío sobre ellos la ira de su indignación, furor e ira, y tribulación, envío por ángeles malos (Sal. LXXVII, 49); de los cuales también habla Miqueas en el volumen de los Reyes: Vi al Señor Dios de Israel sentado sobre su trono, y todo el ejército del cielo estaba junto a él a su derecha y a su izquierda (III Reyes XXIII). Creo que fue un espíritu izquierdo, que salió y se paró ante el Señor, y dijo: Yo engañaré a Acab, y saldré, y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas. A este poder izquierdo y contrario, que era apto para engañar, y ejercitado en ruinas, y había engañado a muchos antes, Dios le habla: Engañarás y prevalecerás: sal y haz así. También aquel espíritu que sofocaba a Saúl, del cual sus siervos le dijeron: He aquí, el espíritu malo de Dios te hace temblar (I Reyes XVI, 15), era de las partes izquierdas, que sirven al Señor para castigar a aquellos que merecen ser atormentados por sus pecados. No solo los hombres son ministros, y vengadores de su ira, en aquellos que hacen el mal, y no en vano llevan la espada; sino también las fortalezas contrarias, que se llaman furor e ira de Dios, de las cuales el profeta, declinando, dice: Señor, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira (Sal. VI, 1). A este tipo de inquisidores y torturadores, por así decirlo, el Apóstol entregó al pecador para la destrucción de la carne, para que el espíritu fuera salvo (I Cor. V), de los cuales también es Satanás, a quien entregó a otros para que aprendieran a no blasfemar (I Tim. I). Esto sobre por qué la oruga ha sido llamada virtud de Dios. Pasemos al orden de la inteligencia espiritual: No temas, tierra, más bien confía y alégrate, que antes habías perdido la siembra del Señor por tu aridez: porque el Señor ha engrandecido para hacer misericordia contigo, tanto que incluso los animales de la región y la soledad desierta se llenarán de nuevos campos, y el árbol de la cruz dará su fruto, y los dones dulcísimos del Espíritu Santo otorgarán su generosidad a todos. Vosotros también, a quienes justamente después de la penitencia llamo hijos de Sion y de la Iglesia, alegraos y gozaos, porque Dios Padre os ha dado un maestro de justicia, o os ha otorgado alimentos de justicia, y ha hecho descender sobre vosotros lluvias tempranas y tardías (Isaías XXX). La lluvia oportuna es cuando primero recibimos la doctrina, la lluvia; tardía cuando recibimos el fruto de nuestro trabajo, y llegamos al conocimiento perfecto de las Sagradas Escrituras. La lluvia temprana y tardía puede ser entendida como el Antiguo y el Nuevo Testamento. Y no solo, dice, ha dado esto; sino que os ha hecho abundar en nuevas cosechas de virtudes, y saciaros y embriagaros con trigo, vino y aceite, de lo cual hemos hablado a menudo. Y los años que habíais perdido antes con las perturbaciones reinantes en vosotros, cuando vuestras obras habían sido consumidas por la langosta, el saltón, el pulgón y la oruga, Dios no permitió que perecieran. Entonces comeréis los frutos de la justicia, y os saciaréis, y alabaréis el nombre del Señor vuestro Dios, que ha hecho maravillas con vosotros. Si después de la penitencia Dios promete tal abundancia de todas las cosas, ¿qué responderá Novato negando la penitencia, y que los

pecadores puedan ser reformados al estado anterior, si hacen obras dignas de penitencia? Tanto recibe Dios a los penitentes, que los llama su pueblo, y no afirma que serán confundidos; y promete habitar en medio de ellos, y que no tendrán otro Dios; sino que confiarán plenamente en Él, que permanecerá en ellos para siempre.

(Vers. 28 seqq.) Y sucederá después de esto, que derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones; y también sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré mi espíritu, y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, fuego y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes de que venga el día grande y terrible del Señor. Y sucederá que todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo.

LXX: Y sucederá después de esto, que derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones; y sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi espíritu, y daré prodigios en el cielo, y sobre la tierra sangre, fuego y vapor de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes de que venga el día grande y glorioso del Señor. Y sucederá que todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo. Este pasaje el bienaventurado apóstol Pedro explicó que se cumplió en el tiempo de la pasión del Señor, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los creyentes el día de Pentecostés, y todos hablaban como el Espíritu Santo les daba: de tal manera que se maravillaban los presentes y decían: ¿No son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo es que los oímos en nuestra lengua en la que nacimos? Partos, medos y elamitas (Hechos II), y los demás; otros decían: ¿Qué quiere decir esto? Y mientras otros se burlaban diciendo: Están llenos de mosto, Pedro, poniéndose de pie con los once, alzó su voz y dijo: Varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y escuchad mis palabras: Porque estos no están ebrios, como vosotros pensáis, siendo la hora tercera del día; sino esto es lo que fue dicho por el profeta Joel. Y sucederá después de esto, dice el Señor: Derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán, y lo demás hasta el lugar que propusimos en el capítulo. Así que, cuando Pedro recuerda que en el tiempo en que el Señor sufrió, la profecía de Joel se cumplió, solo preguntamos cómo pueden coherir entre sí las partes superiores, medias y las que siguen hasta el final del volumen, para que bajo un mismo texto y la secuencia del discurso, no parezca que surge una explicación diversa y disonante. Desde el principio hasta el lugar donde está escrito: El día del Señor es grande y muy terrible, ¿quién podrá soportarlo? es una amenaza y descripción de lo que el Señor traerá al pueblo pecador. Pero desde el lugar donde leemos: Convertíos a mí de todo corazón, con ayuno, llanto y lamento, hasta el lugar donde dice: ¿Por qué han de decir entre los pueblos, dónde está su Dios? es una exhortación del Señor, después de los castigos y penas, incitando al arrepentimiento. Nuevamente, desde el lugar que sigue: El Señor celó su tierra y perdonó a su pueblo, y respondiendo el Señor dijo, hasta el lugar donde está escrito: Y mi pueblo no será confundido para siempre, es una promesa de bienes futuros que deben esperar después de haber hecho penitencia. Y después de muchas cosas que ahora sería largo relatar, también se dicen estas en la promesa, que intentamos exponer en el presente: Derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos, y vuestras hijas, y lo demás. Me parece que desde el principio hasta este lugar, he mantenido el texto del discurso. Es un gran esfuerzo cómo lo que sigue debe ser adaptado a lo que ahora discutimos. Otro dice que lo que se prometió en general para el último tiempo, ahora se ha cumplido en parte. Y porque los apóstoles sentían el premio de los futuros en el primer advenimiento del Señor, recordar algunas primicias y maravillas cumplidas, para que hasta que venga lo perfecto, sintamos lo que en parte había precedido. Otro afirma que es costumbre apostólica, según lo que está escrito sobre el hombre santo: Dispensará sus

palabras con juicio (Sal. CXI, 5): para que todo lo que veían útil para los oyentes y no contrario a lo presente, lo fortalecieran con testimonios de otro tiempo, no porque abusaran de la simplicidad e ignorancia de los oyentes, como calumnia el impío Porfirio, sino que, según el apóstol Pablo, predicaran a tiempo y fuera de tiempo (II Tim. IV). Y siguiendo la regla de los profetas, todo lo que los judíos se prometen carnalmente para el último tiempo, lo decían cumplido espiritualmente en el primer advenimiento del Señor Salvador: especialmente cuando tanto ellos como nosotros decimos que lo prometido se cumplirá en Cristo: solo discrepando en esto, que ellos lo sostienen como futuro, nosotros lo convencemos como ya hecho: de lo cual en lo que sigue, se debe discutir más plenamente. Toda carne sobre la cual el Señor promete derramar de su espíritu, es aquella de la que habla Isaías: Y verá toda carne la salvación de Dios (Is. XL, 5). Por lo tanto, la salvación de Dios no puede ser vista, a menos que el Espíritu Santo sea derramado. Y cualquiera que diga que cree en Cristo, sin creer en el Espíritu Santo, no tendrá los ojos de la fe perfecta. Por eso, en los Hechos de los Apóstoles, los que fueron bautizados con el bautismo de Juan en aquel que había de venir, es decir, en el nombre del Señor Jesús: porque respondieron a Pablo cuando les preguntó: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo (Hechos XIX), son bautizados de nuevo: más bien reciben el verdadero bautismo, porque sin el Espíritu Santo y el misterio de la Trinidad, cualquier cosa recibida en una o dos personas es imperfecta. Y no todo el que reciba el Espíritu Santo tendrá inmediatamente la gracia espiritual; sino que por la efusión del Espíritu Santo conseguirá diversas gracias (I Cor. XII). Algunos profetizarán, como los hijos e hijas que son de mayor mérito; otros soñarán sueños, como los ancianos ya de edad avanzada; otros verán visiones, como los jóvenes que han vencido al maligno. Los siervos y siervas que aún tienen el espíritu de temor, y no de amor, porque el amor perfecto echa fuera el temor, no tendrán profecía, ni sueños, ni visiones; pero, contentos con la efusión del Espíritu Santo, poseerán solo la gracia de la fe y la salvación. Entonces el Señor dará prodigios en el cielo y en la tierra: en el cielo, porque el sol se convirtió en tinieblas, y la luna en sangre: en la tierra, porque la tierra tembló con un movimiento tan violento e inusual, que los sepulcros se abrieron y las rocas se partieron. Lo que dice, sangre y vapores, o vapor de humo, es aquella sangre de la que leemos en los Salmos: Para que tu pie se bañe en sangre (Sal. XLVII, 24). Y en Isaías: ¡Qué rojos están tus vestidos! (Is. XCIII, 2) y que, al ser herido el costado del Salvador, el soldado romano derramó mezclado con agua (Juan XIX). Y el fuego del Espíritu Santo, que descendió del cielo, como leemos en los Hechos de los Apóstoles: Se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, y se posó sobre cada uno de ellos, y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu Santo les daba que hablasen (Hechos II, 3 seqq.). Este es el fuego que el Señor vino a traer sobre la tierra, y antes de sufrir, deseaba que ardiera en sus discípulos (Luc. XII). El fuego es de naturaleza doble: tiene luz para los creyentes; tiene tinieblas y castigos para los incrédulos, que se llaman vapores de humo. Este humo es amarguísimo, que cegó los ojos de los judíos, del cual leemos en los proverbios: Como el humo es nocivo a los ojos, y la uva inmadura a los dientes, así es la iniquidad para los que la usan (Prov. X, 26). De este humo también habla Isaías en una gran visión, en la que se predice la ceguera de los judíos: Y el umbral se movió, y la casa se llenó de humo. De donde después sigue: Ve, y di a este pueblo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis: porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con sus oídos oyen pesadamente (Is. VI, 9, 10). El sol también se convirtió en tinieblas, cuando no se atrevió a ver a su Señor colgado, y la luna en sangre, lo que o creemos que sucedió según la historia y fue pasado por alto en silencio por los evangelistas, pues no todo lo que hizo Jesús está escrito, que si se escribieran una por una, ni aun el mundo mismo creo que podría contener los libros que se habrían de escribir (Juan XXI). O ciertamente, así como el sol se convirtió en tinieblas, no porque él mismo se haya convertido en tinieblas, sino porque trajo tinieblas al mundo: así también la luna no se

convirtió en sangre, sino que condenó a los judíos cubiertos de horror por las blasfemias y la negación de Cristo, con el eterno testimonio de su sangre, diciendo: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 25). Todo esto describe que sucederá antes de que venga el día grande y terrible del Señor. El día del Señor grande y terrible se cree que es el de la resurrección, o ciertamente, mucho después, el día del juicio, que verdaderamente es grande y terrible. Pero porque sigue: Y sucederá que todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo, y esto el apóstol Pablo lo refiere al tiempo de la pasión del Señor, se entiende más sobre el día de la resurrección. Pues dice escribiendo a los Romanos: No hay distinción entre judío y griego. Porque el mismo Señor es de todos: rico para con todos los que le invocan. Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados? (Rom. XVIII, 12 seqq.). Y lo que dice: Todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo, no lo creamos algo leve, pues aunque el mismo apóstol escribe: Nadie puede decir: Jesús es el Señor, sino por el Espíritu Santo (I Cor. XII, 3); sin embargo, este mismo decir, no es de palabra, sino que debe ser ponderado con el afecto del corazón. Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo. Por eso Pablo y Sóstenes escriben a la Iglesia de Dios que está en Corinto: Santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo (I Cor. I): según lo que leemos en los Salmos: Moisés y Aarón entre sus sacerdotes, y Samuel entre los que invocan su nombre. Invocaban al Señor, y él les respondía: en columna de nube hablaba con ellos (Sal. XCVIII, 9). Si, pues, de los creyentes corintios, y de Moisés y Aarón y Samuel se escribe que invocaron el nombre del Señor, creamos que esta gracia es de los perfectos, no de los principiantes. También la palabra efusión, que en hebreo se dice ESPHOCH (), y todos la tradujeron de manera similar, muestra la abundancia del don, que no descendió en pocos profetas (como solía hacerse en el Antiguo Testamento), sino que los dones del Espíritu Santo descendieron sobre todos los que creen en el nombre del Salvador: no en este y aquel, sino en toda carne. Pues no hay distinción entre judío y griego, siervo y libre, hombre y mujer: porque todos somos uno en Cristo (Rom. X). Por eso también Agabo profetizó en Cesarea (Hechos XXI), y en Antioquía había muchos profetas: y el Apóstol ordena que si, mientras uno profetiza, a otro le es revelado, el primero calle (I Cor. XIV). Y leemos que las cuatro hijas de Felipe el evangelista profetizaron (Hechos XXI). También los ancianos vieron sueños, cuando Pablo ya anciano oyó a un varón macedonio, diciéndole: Pasa a Macedonia y ayúdanos (Hechos XVI, 9). Y todos los jóvenes que en Cristo fueron fortísimos, y pelearon las batallas del Señor, vieron visiones, cumpliendo el Señor su promesa: Multiplicaré visiones, y en manos de los profetas me asemejaré (Oseas X, 12).

(Vers. 32.) Porque en el monte Sion y en Jerusalén habrá salvación: como dijo el Señor: y en los que queden, a quienes el Señor llamará. LXX: Porque en el monte Sion y en Jerusalén habrá quien sea salvado: como dijo el Señor: y anunciando a quienes el Señor llamó. En el lugar donde nosotros pusimos, salvación, o salvado, y en hebreo está escrito PHALETA (), Symmachus tradujo, quien huya. Y nuevamente donde dijimos, en los que queden, y los LXX tradujeron, anunciando, en hebreo se lee SARIDIM [Al. SARADIM] (), que los judíos consideran un nombre de lugar. Después de que venga el día grande y terrible del Señor: y sea salvo todo aquel que después de la resurrección del Señor invoque su nombre, todos los que estuvieron en el monte Sion y en Jerusalén fueron salvados: porque de Sion salió la ley: y la palabra del Señor, de Jerusalén (Is. II), de la cual está escrito: No cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén (Luc. XIII, 33). El principio, pues, de los que fueron salvados fue en Sion y Jerusalén, en la atalaya, y en la visión de paz, y en aquellos que quedaron, a quienes el Señor llamó. Debemos entender a los que quedaron como aquellos que del pueblo

judío creyeron, de los cuales habla Isaías: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado un remanente, como Sodoma habríamos sido, y semejantes a Gomorra (Is. I, 9). A estos remanentes el Señor llamó, o los evangelizó, a quienes llamó: así lo interpretaron los LXX. Este lugar es muy difícil, y admite múltiples explicaciones: para que bajo la tropología refiramos todo lo dicho a aquellos tiempos, a los que los apóstoles Pedro y Pablo lo refirieron, es decir, cuando el Señor sufrió y resucitó. Pues no puede ser que entendamos lo anterior en el tiempo de la pasión, y lo que sigue en el día del juicio, especialmente cuando sigue: Porque he aquí en aquellos días, y en aquel tiempo, y este versículo, conectando lo inferior con lo precedente, dice que todo se realizó en un solo tiempo.

(Cap. III.---Vers. 1 seqq.) Porque he aquí que en aquellos días, y en aquel tiempo, cuando restablezca la suerte de Judá y Jerusalén, reuniré a todas las naciones y las llevaré al valle de Josafat, y allí discutiré con ellas sobre mi pueblo y mi herencia Israel, a quienes dispersaron entre las naciones: y dividieron mi tierra, y echaron suertes sobre mi pueblo: y pusieron al niño en un prostíbulo, y vendieron a la niña por vino, para beber. LXX: Porque he aquí que en aquellos días, y en aquel tiempo cuando restablezca la suerte de Judá y Jerusalén, reuniré a todas las naciones, y las llevaré al valle de Josafat, y discutiré con ellas allí por mi pueblo y mi herencia Israel, que fueron dispersados entre las naciones: y dividieron mi tierra, y echaron suertes sobre mi pueblo: y pusieron al niño en un prostíbulo, y vendieron a las niñas por vino, y bebieron. Digamos, como prometimos, primero según la anagogía uniendo lo posterior a lo anterior, intentaremos, si podemos, referir lo mismo al día del juicio. Salvados los creyentes en el monte Sion y Jerusalén, y llamados los restantes del pueblo de los judíos, que creyeron con los apóstoles y por los apóstoles, en aquel tiempo después de que el Señor haya restablecido la suerte de Judá y Jerusalén, que vino a predicar a los ciegos la vista, y a los cautivos la liberación, y liberó a aquellos que confiesan al Señor, y que se encuentran en la Iglesia, en la cual hay visión de paz, reunirá a todas las naciones que no quisieron creer: y las llevará al valle de Josafat, lo que más significativamente, según la verdad hebrea, se dice en griego κατάξω, es decir, llevaré hacia abajo, y de lo alto las arrastraré a lo bajo. Considera también, cuando el Señor convoca a juicio a los incrédulos o a las potestades adversarias, y discute con ellos por su pueblo: las llevaré, dice, al valle de Josafat. Pero cuando exhorta a los creyentes a la batalla, dice: Despierten a los valientes: que se acerquen, que suban todos los hombres de guerra: que se levanten y suban las naciones al valle de Josafat, no descender, sino subir exhorta. Porque todo el que es juzgado por sus pecados, está en el valle, que se llama Josafat, es decir, juicio del Señor. Porque quien cree en el Señor, no será juzgado. Y allí discutirá con ellos, no con el poder de la majestad, sino convenciéndolos con la verdad de la razón, quienes dividieron al pueblo de Dios, y dispersaron su herencia entre las naciones, para que los siervos de Dios les sirvieran: y dividieron su tierra, separándola entre ellos con muchos errores, para que unos adoraran a Júpiter, otros a Juno, y Minerva, y la fiebre, y el moho, y Anubis y el cocodrilo, y el ibis, las lechuzas, los halcones, y las cigüeñas. Bajo estos nombres una vez fue dividido el pueblo de Dios: estas naciones adversarias, es decir, los príncipes de este mundo, y los gobernantes de las tinieblas, no solo dividieron para sí al pueblo de Dios, sino que pusieron a los niños en prostíbulos, para que forzaran a cambiar la naturaleza masculina, de los cuales habla el Apóstol: Por eso Dios los entregó a pasiones deshonorosas: pues sus mujeres cambiaron el uso natural [Al. su naturaleza], por el uso que es contra la naturaleza. De igual manera también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en deseo unos con otros, hombres con hombres cometiendo torpezas, y recibiendo en sí mismos la retribución que convino a su error. Y no contentos con hacer esto, vendieron a la niña por vino, para beber, y prefirieron la gula a la lujuria. Todo esto los judíos recuerdan que se cumplió en tiempos de Vespasiano, Tito, y especialmente Adriano, según la

letra. Pero si queremos referir lo que está escrito al día del juicio, decimos que todo el que se salva, se salva en la Iglesia, o en la Jerusalén celestial. Y después de que la suerte de Judá y Jerusalén haya sido restablecida, entonces serán reunidos y llevados todos al valle de Josafat: y allí el Señor discutirá con ellos que persiguieron a su pueblo, y dividieron para sí la herencia del Señor, y los dispersaron entre las naciones, y echaron suertes sobre su tierra: lo cual no solo debemos entender sobre los herejes, que dividieron para sí al pueblo de Dios, y los hacen ser gentiles, sino sobre todo maestro rígido y soberbio, que bajo el nombre de doctrina y sacerdocio dominan a los clérigos, y oprimen a los que están sujetos. Y cuando han sido negligentes, y han escandalizado a uno de los pequeños, también ponen a los niños en prostíbulos, o los entregan a las prostitutas: y por causa de su placer (cuyo dios es el vientre, y su gloria en su confusión (Filip. III) venden a las niñas, para beber vino. Entrega a los jóvenes a las prostitutas, y vende a las niñas a la lujuria, quien por amor a la ganancia deshonesto no corrige a los delincuentes.

(Vers. 4-6.) Pero ¿qué tenéis vosotros conmigo, Tiro y Sidón, y todo el término de los filisteos? ¿Acaso me devolveréis venganza? Y si os vengáis contra mí, pronto y rápidamente devolveré la retribución sobre vuestra cabeza. Porque tomasteis mi plata y mi oro: y mis cosas deseables y hermosas las llevasteis a vuestros templos: y vendisteis a los hijos de Judá y a los hijos de Jerusalén a los hijos de los griegos: para alejarlos de sus fronteras. LXX: ¿Qué tengo yo con vosotros, Tiro y Sidón, y toda Galilea de los extranjeros? ¿Acaso me devolvéis retribución: o guardáis ira en vuestro corazón contra mí (pues esto significa en griego *μνησικακέιτε*)? rápidamente y pronto devolveré vuestra retribución sobre vuestras cabezas: porque tomasteis mi plata y mi oro: y mis cosas elegidas y óptimas las llevasteis a vuestros templos: y vendisteis a los hijos de Judá y a los hijos de Jerusalén a los hijos de los griegos: para expulsarlos de sus fronteras. Y los judíos piensan que esto se dice contra Tiro y Sidón y los términos de los filisteos, o la Galilea de los extranjeros: que en el tiempo de la cautividad judía, cuando fueron vencidos por los romanos, persiguieron al pueblo de Dios: más bien en el pueblo de Dios al mismo Dios que estaba al frente del pueblo, según lo que está escrito: Quien os recibe, me recibe a mí (Mat. X, 40). Por lo tanto, al contrario, quien persigue al pueblo de Dios, persigue al mismo Dios, cuyo es el pueblo. Devolveré, dice, lo que hicisteis a mi pueblo: porque mi plata y mi oro, es decir, los vasos del templo, y todo lo que en él fue más precioso y hermoso, el candelabro de oro y la mesa de la proposición de oro, y los dos querubines de oro, y el propiciatorio, y las copas y los incensarios de oro tomasteis, y los consagrasteis a vuestros ídolos (IV Reg. XXV). Pero la historia cuenta que esto lo hicieron más bien los caldeos, que pusieron los vasos del templo del Señor en el templo de Bel: de donde después Belsasar bebió en las copas, y enseguida su reino fue transferido a los medos y persas (Daniel. V). Pero como después del día del Señor grande y terrible, se dice que estas cosas sucederán, que los apóstoles interpretan en la resurrección del Señor, y los hebreos lo difieren al tiempo futuro del juicio, es más de entenderse sobre los romanos: que Vespasiano y Tito, habiendo construido en Roma el templo de la Paz, consagraron los vasos del Templo y todas las ofrendas en su templo: lo cual narra la historia griega y romana. En ese tiempo los hijos de Judá y Jerusalén (de ninguna manera Israel, y las diez tribus, que hasta hoy habitan en las ciudades y montañas de los medos) fueron vendidos a los hijos de los griegos, para ser exterminados de sus fronteras, y todo el mundo fue llenado con la cautividad judía. Esto lo refieren ellos, para confirmar que la venganza de la sangre de Cristo y la subversión de Jerusalén, que ocurrió por el juicio de Dios, sucedió contra Tiro y Sidón por sí misma. Pero nosotros, según la tropología comenzada, interpretemos a Tiro y Sidón y a los filisteos como aquellos que angustian, tribulan y persiguen al pueblo de Dios (pues esto resuena Tiro en nuestra lengua) y lo cazan para la muerte, lo que indica el nombre de Sidón, y bebiendo sangre caen, o se revuelcan en el lodo, lo que significa Filisteos y

Galilea. Rápidamente y pronto el Señor les devolverá lo que merecen, porque lo persiguieron. Y su plata y su oro, es decir, las palabras de las Escrituras, y νοήματα, es decir, sentencias, y todo lo que fue hermoso en la Iglesia, lo sometieron a sus errores. El hereje a quienesquiera que engañe, y haga adorar sus ídolos, vende a los hijos de Judá y a los hijos de Jerusalén a los griegos, o gentiles, y los hace de cristianos gentiles: para exterminarlos de sus fronteras, en las que fueron creados en Cristo, y no se encuentren en Judea, y en la confesión de la verdad, sino en el error de las naciones. Todo esto también podemos referirlo al día del juicio, sin que la venganza discrepe: aunque en el tiempo parezcan diferir de los anteriores. Por Galilea en hebreo está escrito, GALILOTH (), que Aquila tradujo como Θῆλας, Symmachus como Términos: Θῆλας, es decir, Túmulos de Arenas, refirámoslo a las costas de Palestina, no a la Galilea de los filisteos, que no existe en absoluto.

(Vers. 7, 8.) He aquí que los levantaré del lugar donde los vendisteis, y devolveré vuestra retribución sobre vuestra cabeza, y venderé a vuestros hijos y a vuestras hijas en manos de los hijos de Judá, y los venderán a los sabeos, una nación lejana: porque el Señor ha hablado. LXX: He aquí que los levantaré del lugar donde los vendisteis, y devolveré vuestra retribución sobre vuestras cabezas, y venderé a vuestros hijos y a vuestras hijas en manos de los hijos de Judá, y los venderán en cautiverio a una nación que está lejos, porque el Señor ha hablado. La palabra hebrea SABAIM (), que Aquila y Symmachus tradujeron tal como está escrita, los LXX interpretaron como cautiverio, lo que mejor significa cautivos. Sabaim es una nación que se dice está más allá de la India, de la cual fue también la reina de Saba, que vino a escuchar la sabiduría de Salomón (III Reg. X), de quienes también habla Isaías: Y los sabeos, hombres altos, pasarán a ti (Isai. XLIII, 14). De donde también se dice que viene el incienso, diciendo Virgilio (Eneida, lib. I): . . . Y cien altares arden con incienso sabeo: aunque algunos sospechan que los sabeos son árabes. Por lo tanto, los judíos se prometen a sí mismos, más bien sueñan, que en el último tiempo serán reunidos por el Señor, y llevados de regreso a Jerusalén. Y no contentos con esta felicidad, afirman que el mismo Dios entregará en sus manos a los hijos e hijas de los romanos, para que los judíos los vendan, no a los persas y etíopes y otras naciones que están cerca; sino a los sabeos, una nación muy lejana: porque el Señor ha hablado, y vengará la injuria de su pueblo. Esto lo dicen ellos y nuestros judaizantes, que se prometen a sí mismos un reino de mil años en los confines de Judea, y una Jerusalén dorada, y la sangre de las víctimas, y hijos y nietos y delicias increíbles, y puertas adornadas con variedad de gemas. Pero nosotros digamos, que el Señor ha levantado después de su venida, y levanta cada día, y levantará a aquellos que el error variado había sacado de sus fronteras. Y bien dice levantaré, como caídos y derribados, para que los que yacían en la herejía, estén en la Iglesia, devolviendo a los herejes lo que hicieron: Para que sus hijos e hijas, a quienes instruyeron tanto en lo místico como en lo carnal, los entregue en manos de los hijos de Judá, en manos de aquellos que fueron príncipes de las Iglesias; y fueron instruidos con la armadura del Apóstol, y tienen el escudo y la lanza del Antiguo y Nuevo Testamento. Para que cuando los tomen, vendan a sus hijos e hijas a los sabeos, y los hagan ser cautivos, para que estén lejos de sus fronteras: y convertidos a cosas mejores, comiencen a estar sujetos a los dogmas eclesiásticos.

(Vers. 9 seqq.) Clamad esto en las naciones: santificad la guerra: despertad a los valientes. Que se acerquen, que suban todos los hombres de guerra. Convertid vuestros arados en espadas, y vuestras hoces en lanzas. Que el débil diga, porque soy fuerte. Salid, y venid, todas las naciones de alrededor, y congregaos, allí hará caer el Señor a vuestros valientes. LXX: Proclamad esto en las naciones: santificad la guerra, despertad a los combatientes, traed y subid todos los hombres de guerra. Convertid vuestros arados en espadas, y vuestras hoces en lanzas. Que el fuerte diga, porque prevalezco yo. Congregáos y entrad, todas las naciones

alrededor: y congregaos allí, que el manso sea el combatiente. Este lugar se entiende de dos maneras: algunos piensan que esto se proclama a las naciones santas, para que se preparen para la guerra, y luchen por el pueblo de Dios, para que conviertan todos los instrumentos de agricultura en espadas y lanzas, para que el débil diga que es fuerte, y vengan todos de alrededor, y se congreguen en la batalla del Señor, especialmente porque según los LXX sigue: Que el manso y humilde sea el combatiente, según lo que está escrito en las Crónicas (I Par. V, 8): Y más allá del Jordán de Rubén y Gad y la media tribu de Manasés, en todos los utensilios de guerra ciento veinte mil: todos estos hombres de guerra preparados para la batalla con mente pacífica: quieren que estos sean los imitadores del verdadero David, de quien leemos: Acuérdate, Señor, de David, y de toda su mansedumbre (Sal. CXXXI, 1). Y él mismo habla en el Evangelio: Aprended de mí, porque soy humilde, y manso (Mat. XI, 29), o manso. También quieren que se entiendan como aquellos hombres, que destruyendo los comienzos de los pequeños, han llegado a la fortaleza de la edad perfecta, y han trasladado todo el estudio con el que antes ejercitaban los campos de sus almas, a la necesidad de la batalla. Pero a nosotros, siguiendo la opinión de los hebreos, nos parece lo contrario. Por eso las naciones adversarias a Israel se preparan para la batalla, y convierten sus arados y hoces, o guadañas en espadas y lanzas (Isa. II), y el débil dice que es fuerte, y salen y vienen de alrededor, y se congregan contra el ejército del Señor, para que el Señor haga caer a sus valientes, y entiendan, que con Dios oponiéndose, son vencidos. Esto según la letra se promete a sí mismo el miserable Israel. Nosotros según la tropología comenzada, podemos entender tanto a las naciones de los demonios, como a aquellos que cada día luchan contra la Iglesia, y en el último, que bajo el Anticristo van a luchar contra los santos del Señor, que por eso se congregan, para que perezcan.

(Vers. 12 seqq.) Que se levanten, y suban las naciones al valle de Josafat, porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones alrededor: enviad las hoces, porque ha madurado la cosecha. Venid y bajad, porque el lagar está lleno: rebosan los lagares, porque se ha multiplicado su maldad. LXX: Que se levanten y suban todas las naciones al valle de Josafat, porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones alrededor: enviad las hoces, porque ha llegado la vendimia. Entrad y pisad, porque el lagar está lleno, y rebosan los lagares, porque se han llenado de sus males. Y esto según el sentido anterior se interpreta de dos maneras. Algunos entienden que las naciones suben al valle de Josafat, que se interpreta como juicio del Señor, y que Dios se sienta allí para juzgar a todas las naciones que vienen de alrededor, en buen sentido: para que también los santos se congreguen contra los adversarios de Dios, y envíen sus hoces, para que sieguen la madura cosecha de los enemigos, y vengan y bajen, y pisen los lagares, porque ha llegado la vendimia, y tanto rebosen los mostos, que los lagares no puedan contenerlos. Y para que sepamos cuál es la vendimia, y el lagar lleno, añadió: se ha multiplicado su maldad, sin duda refiriéndose a aquellos que se han congregado contra el Señor. Pero otros afirman que las naciones se levantan, y se reúnen en el valle de Josafat, y que el Señor se sienta para juzgar a todas las naciones, para que se preparen y tomen todas las armas de los combatientes, y en el valle de Josafat sean segadas por las hoces del Señor. Porque ha llegado el tiempo del juicio contra ellos, y tanto han crecido sus males, que han vencido la paciencia de Dios. Pues también los amorreos fueron expulsados cuando se completaron sus pecados. Los judíos refieren este lugar a Gog y Magog, naciones muy feroces, de las que hablamos antes, pensando que en el último tiempo cuando Jerusalén haya sido restaurada, bajo el imperio de mil años vendrán contra el pueblo de Dios, y en el valle de Josafat que está al este del templo, caerán: porque ha llegado el tiempo de su matanza, y la vendimia de derramar su sangre está cerca.

(Vers. 14, 15.) Multitudes, multitudes en el valle de la decisión, porque cercano está el día del Señor en el valle de la decisión. El sol y la luna se oscurecieron, y las estrellas retiraron su resplandor. LXX: Se escucharon sonidos en el valle del juicio, porque cercano está el día del Señor en el valle del juicio. El sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas harán desaparecer su resplandor. En el lugar donde pusimos, multitudes, multitudes, y los Setenta tradujeron, se escucharon sonidos, en hebreo está escrito, AMONIM, AMONIM (), que ciertamente significa multitud, y las turbas de los que serán juzgados, y el ruido y sonido. Nuevamente donde dijimos en el valle de la decisión, siguiendo la traducción de Aquila y Symmachus y la quinta edición, los Setenta y Theodotion tradujeron τῆς δίκης καὶ τῆς κρίσεως, es decir, de la causa y del juicio: para lo cual en hebreo está escrito HARUS (), que los hebreos piensan que no solo significa decisión; sino también oro, para que en el valle del juicio, que sospechan que es el infierno, una vez purificadas las impurezas de los pecados, quede oro puro. Por eso las naciones, de las que hablamos antes en el valle del juicio, o de la decisión, se congregan para ser destruidas y caer, y ser juzgadas por el Señor. El dolor de ese día y los tormentos de los que perecen, ni siquiera el sol y la luna y las demás estrellas podrán contemplar; sino que retirarán su resplandor, y no se atreverán a mirar la severidad del que juzga y devuelve a cada uno su obra sobre su cabeza. No porque sean más clementes que los juicios de Dios; sino porque toda criatura en los tormentos de otros teme por su propio juicio.

(Vers. 16, 17.) Y el Señor rugirá desde Sion, y desde Jerusalén dará su voz, y se moverán los cielos y la tierra, y el Señor será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel, y sabréis que yo soy el Señor vuestro Dios, habitando en Sion en mi monte santo, y Jerusalén será santa, y los extraños no pasarán por ella nunca más. LXX: Pero el Señor clamará desde Sion, y desde Jerusalén dará su voz, y se moverán el cielo y la tierra, y el Señor perdonará a su pueblo, y fortalecerá a los hijos de Israel, y sabréis que yo soy el Señor vuestro Dios habitando en Sion en mi monte santo, y Jerusalén será santa, y el extranjero no pasará por ella nunca más. Cuando el esplendor del sol, la luna y todas las estrellas se haya convertido en tinieblas, el Señor rugirá desde Sion como un león, o clamará, y su voz será tan alta y terrible que los ejes de los cielos y los cimientos de la tierra se sacudirán. Y aunque será tan severo con aquellos que deben ser castigados, será clemente con su pueblo, y les dará fortaleza a los que son llamados hijos de Israel, es decir, la mente que ve a Dios; o εὐθύτατος Θεοῦ, que podemos llamar el más recto de Dios: quienes no caminaron por sendas torcidas, sino que, caminando en el camino de Cristo, hicieron todo recto. Entonces sabrán tanto los que serán castigados como los que serán llevados a la gloria, que el Señor habita en su atalaya Sion, y en Cristo su monte santo, o en aquel que se ha preparado digno de ser morada de Dios. Entonces Jerusalén será la visión santa de la paz, de la cual Salomón tomó su nombre, y los extraños no pasarán por ella nunca más. Entiende por extraños a los demonios, que son ajenos a Dios: o todos los pensamientos perversos y pecados, de los cuales el profeta habla: Líbrame de los extraños, oh Señor (Sal. XVIII, 24): que no encontrarían camino en nosotros si tuviéramos la paz de Dios, y nuestro corazón no se abriera a los adversarios. Esto lo refieren los judíos y nuestros judaizantes, como hemos dicho, a la fábula de los mil años, cuando piensan que Cristo habitará en Sion, y en la Jerusalén dorada y engastada de gemas se congregarán los pueblos santos, para que quienes en este siglo fueron oprimidos por todas las naciones, en este mismo imperen sobre todas las naciones.

(Vers. 18.) Y será en aquel día, los montes destilarán dulzura, y las colinas fluirán leche, y por todos los ríos de Judá correrán aguas. LXX: Y será en aquel día, los montes destilarán dulzura, y las colinas fluirán leche, y todas las corrientes de Judá fluirán con aguas. Habitante el Señor en Sion y en su monte santo, cuando nadie intente pasar por la santa Jerusalén, cualquier monte que haya en ella, y haya alcanzado las alturas de las virtudes, sudará dulzura

y miel, y de él destilarán gracias espirituales, de las cuales el profeta habla: ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, más que la miel a mi boca! (Sal. CXVIII, 103). Pero quien esté por debajo de los montes, y aún no haya alcanzado la cumbre de la perfección, será llamado colina, y de él fluirán ríos de leche, con los que se nutre la infancia en Cristo, y ríos de agua, que el Señor ha testificado que manarán de su vientre (Juan VII). Porque todos los ríos, o corrientes de Judá, se llenarán de aguas, y nada en ellos estará seco, rebosando todos de gracia espiritual.

Y un manantial saldrá de la casa del Señor, y regará el torrente de espinas. En lugar de torrente de espinas, los Setenta tradujeron, torrente de cuerdas, es decir, σχοίνων: lo que significa o cuerdas, o según los egipcios, la medida de un cierto camino, como dice el salmista: Has investigado mi senda y mi cuerda (Sal. CXXXVIII, 2). En el río Nilo, o en sus canales, suelen arrastrar las naves con cuerdas, teniendo ciertas distancias, que llaman cuerdas, para que al trabajo de los fatigados sucedan los cuellos frescos de los que tiran. Y no es de extrañar que cada nación llame a ciertas distancias de caminos con sus propios nombres, ya que los latinos llaman mil pasos, y los galos leguas, y los persas parasangas, y toda Alemania rastas, y en cada nombre hay una medida diferente. Esto porque la palabra hebrea SATTIM () los Setenta la tradujeron como cuerdas. Sin embargo, no hay duda de que todo lo que leemos en el tabernáculo de Dios fue hecho de maderas de Settim, que los LXX interpretaron como maderas incorruptibles. Es un tipo de árbol en el desierto, similar a la espina blanca, en color y hojas, no en tamaño. De lo contrario, son árboles tan grandes que de ellos se cortan tablones muy anchos, y la madera es muy fuerte, de increíble ligereza y belleza, tanto que de ellos incluso los más ricos y estudiosos hacen vasijas de prensa, que llaman ἄρσενας y θηλύας, que no se encuentran en lugares cultivados, ni en suelo romano, sino solo en la soledad de Arabia. En lugar de torrente de cuerdas, o espinas, Symmachus lo interpretó como valle de espinas. Es un lugar cerca de Liviada, al otro lado del mar Muerto, a seis millas de distancia, donde una vez Israel fornicó con los madianitas. De este lugar, en persona de Dios, el profeta Miqueas hace mención, diciendo: Pueblo mío, recuerda, te ruego, lo que Balac, rey de Moab, pensó, y lo que respondió Balaam hijo de Beor desde Settim hasta Gilgal (Miq. VI, 5). Para lo cual también allí los Setenta tradujeron, ἀπὸ τῶν σχοίνων, es decir, desde las cuerdas hasta Gilgal. Por lo tanto, un manantial saldrá de la casa del Señor, que se interpreta como Iglesia. De lo cual tanto Ezequiel como Zacarías ponen al final de sus volúmenes (Ezeq. XLVII, Zac. XIII), para que nuestras espinas y vicios y pecados, que no tuvieron fruto de justicia, se conviertan en los campos nuevos del Señor, y nuestra aridez se riegue con aguas abundantes, y en lugar de espinas y zarzas, florezcan múltiples flores de virtudes. Y en ese lugar, donde una vez Israel fornicó, y fue iniciado en Baal-peor, florezcan lirios de castidad y rosas de pudor y virginidad.

(Vers. 19.) Egipto será una desolación, e Idumea un desierto de perdición, por haber obrado inicuamente contra los hijos de Judá, y haber derramado sangre inocente en su tierra. LXX: Egipto será una perdición, e Idumea un campo de desolación, por las iniquidades de los hijos de Judá, por haber derramado sangre justa en su tierra. Y en este lugar los judíos duermen un sueño muy profundo: en el último tiempo, cuando no recibirán a Cristo, sino al Anticristo, imaginando con una esperanza vanísima la venganza sobre los egipcios que son vecinos, y sobre los romanos que interpretan como idumeos. Para que así como Faraón y todo su ejército, que durante cuatrocientos treinta años mantuvo cautivo al pueblo de Dios, fue sumergido en el mar Rojo: así también los romanos que durante el mismo número de años poseerán a los judíos, sean destruidos por la venganza del Señor. Esto se prometen a sí mismos con una esperanza vana. Pues no pueden explicar por qué, habiendo tantas naciones en el mundo, solo dos pueblos, los egipcios y los idumeos, son buscados para el castigo; o por

qué se entienden los romanos por los idumeos, cuando con la misma licencia de mentir podríamos afirmar, al contrario, que bajo el nombre de idumeos se significan los persas, o los elamitas, o los francos, los alamanes, y otras naciones. Pero digamos que en el tiempo de la resurrección del Señor, o en el día del juicio (aceptamos ambos), tanto Egipto como Idumea, en cuanto son Egipto e Idumea, serán destruidos. Egipto se llama MESRAIM (), que se interpreta como ἐκθλίβουσα, es decir, persiguiendo y oprimiendo a los santos de Dios: Idumea, terrenal, o sangrienta. Cualquiera que haya perseguido al pueblo de Dios, y se haya dedicado a obras terrenales, y con la multitud de delitos haya derramado diariamente sangre inocente, es decir, de aquellos a quienes engaña, será para perdición, como también sabemos que las almas de los mártires claman bajo el altar: ¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que habitan en la tierra? (Apoc. VI, 10).

(Vers. 20 seqq.) Y Judá será habitada para siempre, y Jerusalén de generación en generación: y limpiaré su sangre, que no había limpiado, y el Señor morará en Sion. LXX: Pero Judá será habitada para siempre, y Jerusalén de generación en generación, y reclamaré su sangre, y no permitiré que quede sin venganza, y el Señor habitará en Sion. No será ciertamente esta Judá la que será habitada para siempre, que vemos estar desierta: no esta Jerusalén, cuyas ruinas contemplamos: sino aquella Judá, cuyas hijas se regocijaron y se alegraron en todos los juicios del Señor. Y de la cual leemos al final del salmo cincuenta: Haz bien, Señor, en tu buena voluntad a Sion, para que se edifiquen los muros de Jerusalén. En esta provincia de confesión y gloria, y en esta ciudad en la que se ve la paz del Señor, habrá una habitación eterna, no en una, o en tres, o más generaciones, sino en generación y generación, es decir, en dos generaciones de aquellos que creyeron de los judíos y de los gentiles. Y el Señor limpiará la sangre de todos los pecadores, que antes no había limpiado, para que limpie en el Evangelio a los que en la Ley dejó inmundos por pecar. Porque encerró a todos bajo pecado, para tener misericordia de todos (Rom. XI); o vengará la sangre de sus siervos, que derramaron en el martirio por la confesión de su nombre. Y el Señor morará en Sion, de la cual está escrito: Sus cimientos están en los montes santos; ama el Señor las puertas de Sion, más que todas las moradas de Jacob (Sal. LXVIII, 1).